

RECIBIDO

ANTIOQUIA MEDICA

SUPLEMENTO DEL VOL. 23 - 1973 - ANTIOQUIA MEDICA - MEDELLIN-COLOMBIA

Organo de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia y de la Academia de Medicina de Medellín — Continuación del "Boletín Clínico" y de "Anales de la Academia de Medicina". Licencia N° 000957 del Ministerio de Gobierno. Tarifa para libros y revistas editados en Colombia. Permiso N° 258, Administración Postal Nacional.

Dr. David Botero R.
Decano Facultad de Medicina

Dr. Alfredo Naranjo Villegas
Presidente de la Academia

EDITOR :

Dr. Alberto Robledo Clavijo

CONSEJO DE REDACCION:

Dr. Víctor Bedoya
Dr. Fernando Cardona
Dr. Jorge Restrepo M.
Dr. Rafael Elejalde S.
Dr. J. Iván Vargas G.

Dra. Leni Oberndorfer
Dra. Angela Restrepo M.
Srta. Melba Aristizábal
Dr. Ramón Córdoba P.

EL CENTENARIO DE NUESTRA FACULTAD

c o n t e n i d o

EDITORIAL: El centenario de nuestra Facultad de Medicina. <i>A.R.C.</i>	1
Discurso pronunciado por el Dr. Guillermo Restrepo Chavarriaga	3
El Profesor Héran Posada. <i>Dr. Daniel Correa V.</i>	7
Desarrollo general de la Medicina en el Mundo. <i>Cecilia Serna N.</i>	11
Recuerdos Médicos. <i>Dr. Carlos Sanín Aguirre.</i>	25
De mi escarcela, recuerdos de un desmemoriado. <i>Dr. Ramón Córdoba P.</i>	35
Notas para un estudio sobre el profesor Alfredo Correa Henao. <i>Jaime Molina L.</i> ..	41

30 OCT. 1975
RECIBIDO

EDITORIAL

EL CENTENARIO DE NUESTRA FACULTAD DE MEDICINA

Aunque en el año de 1857 la Legislatura de Antioquia había dictado la ley del 5 de diciembre por medio de la cual se otorgaba al Colegio del Estado la facultad de otorgar diplomas de Licenciado y de Doctor en Medicina, previo estudio de las materias que allí se anotaban; no fue hasta el año de 1872 cuando se iniciaron los estudios formales de las ciencias médicas entre nosotros.

En 1865 se inscribieron en el mencionado Colegio del Estado para adelantar estudios médicos: Pedro López, Pedro Pablo Isaza y Emilio Alvarez. Los dos últimos los continuaron luego en París y Bogotá, respectivamente. Por el mismo tiempo recibían enseñanza privada de Medicina de los Doctores Fabricio Uribe, Aureliano Posada, Manuel Uribe Angel y José J. de la Roche, los señores Tomás Quevedo R., y Joaquín Castilla. En 1868 aparecían matriculados en el Colegio del Estado los señores Pablo E. Molina, Juan de Dios Uribe Gómez y Atanasio Restrepo.

Más fue en el mes de octubre de 1871 cuando la Legislatura del Estado aprobó la ley presentada por don Marco Aurelio Arango, que reorganizaba al Colegio del Estado y lo denominaba Universidad de Antioquia, que comprendía las escuelas de Literatura y Filosofía, Jurisprudencia y Ciencias Políticas, Ciencias Físicas y Naturales, Medicina e Ingeniería y Artes y Oficios.

El 14 de diciembre del mismo año, hace un siglo, el presidente del Estado de Antioquia Doctor Pedro Justo Berrío dictó el decreto orgánico de la Universidad, conservándole el carácter de establecimiento de educación secundaria y superior pública y gratuita.

Agregaba así el Doctor Berrío un título más a su enorme labor en pro del desarrollo del Estado y aplicaba felizmente una de sus célebres frases "El renombre y las glorias militares o políticas pasan fugazmente y sólo queda lo que contribuye al bienestar moral y material de los pueblos".

En 1875 se presentaron a exámenes preparatorios en la escuela de Medicina los alumnos. Jesús María Espinosa, Tomás Bernal, Julio Restrepo y Alejandro Fernández. Su acto de grado tuvo lugar los días 4, 5 y 7 de noviembre, con tesis que versaron sobre Caquexia palúdica la de Espinosa; Tuntún la de Bernal y Ulceras la de Restrepo. Los examinadores fueron los doctores Julián Escobar, Manuel Uribe

Angel, José Ignacio Quevedo, Aureliano Posada, Pedro Dimas Estrada, Ricardo Rodríguez y Tomás Quevedo.

Con las interrupciones obligadas por las guerras civiles la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, ha persistido a través de un siglo y aparece hoy llena de vitalidad y ocupando un lugar destacadísimo dentro de los centros de estudios médicos, ya no de Colombia sino de América.

La pléyade de egresados ilustres, que han contribuido con su estudio y dedicación al progreso de la medicina y a salvaguardar la salud de sus conciudadanos, es bien numerosa y conocida y puede decirse con razón que para su gran mayoría sigue teniendo vigencia la frase que anteriormente hemos citado de su fundador Berrío.

Las circunstancias de agitación universitaria que hemos vivido durante los últimos años exigieron el aplazamiento de su celebración hasta el mes de noviembre de 1972. Los discursos pronunciados en los diversos actos y las conferencias dictadas son los temas que contiene el presente suplemento de "ANTIOQUIA MEDICA".

ALBERTO ROBLEDO CLAVIJO

ANTIOQUIA MEDICA

Discurso pronunciado por el doctor Guillermo Restrepo Chavarriaga, Viceministro de Salud en el acto de imposición de la Cruz de Boyacá a la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia.

Señor Gobernador del Departamento de Antioquia

Señor Rector de la Universidad de Antioquia

Señor Alcalde de la ciudad de Medellín

Señor Decano de la Facultad de Medicina

Distinguidos Profesores, Estudiantes, Señoras y Señores:

Hasta hace poco tiempo ocupaba las aulas de esta universidad, en mi calidad de docente de la misma y recuerdo con agrado y extraordinaria satisfacción personal el ambiente académico, de estudio serio y progreso positivo que en ella me tocó vivir. Realice, por fortuna, estudios de medicina, así como la formación de bachillerato en esta noble casa del saber y por lo tanto lo que a ella me une es muy grande, sentido y sagrado.

Hoy, por honrosa designación del Gobierno Nacional, que con acierto, entereza y visión orienta el señor Presidente doctor Misael Pastrana Borrero, vengo a este mismo claustro con el fin de imponer la Cruz de Boyacá a una de las Instituciones de más alto nivel cultural en Latinoamérica, que ha contribuído efectivamente al progreso nacional modelando la fisonomía de una patria nueva.

En esta Facultad de Medicina, además de haberse formado un sin número de Médicos que se han entregado eficazmente a la prestación de los servicios de atención a los colombianos, a regir sus destinos en el campo de la salud, orientar las políticas, crear los planes y ejecutar las obras de asistencia social, se han realizado trabajos de investigación que han contribuído a dilucidar muchos problemas nacionales, creando el campo propicio para el aprendizaje y haciendo posible un diagnóstico objetivo y científico de nuestra realidad.

En el aspecto académico la Facultad de Medicina siempre ha estado a la vanguardia en el país creando inquietudes y mostrando caminos para mantener una técnica de progreso en la universidad colombiana.

Siendo estudiante de medicina tuve la fortuna de vivir un proceso de cambio que en ese momento no alcancé a valorar en toda su magnitud; la estructuración administrativa de los departamentos, la creación de un cuerpo docente de tiempo completo, la realización sistemática de la investigación como tarea cotidiana y la selección de aspirantes, fueron los cuatro hechos claves de esta reorganización que dio una base seria, positiva y sólida a nuestra Facultad, la cual, a su vez, sirvió de elemento fundamental para la ulterior reforma en el resto de la Universidad y marcó la pauta en la modernización de instituciones semejantes en Colombia.

Posteriormente, me tocó asistir en otros países a reformas universitarias consideradas de gran avanzada y que solo eran una pequeña semblanza de lo aquí realizado y que ya para esta época estaba en plena etapa de consolidación y produciendo frutos con experiencia suficiente y con clara visión y decisión de progreso.

Sin mucho dramatismo pero con una gran decisión y con la misión de servir de transformador, en esa misma época se empezó a considerar aquí lo que posteriormente se denominara Facultad de Ciencias de la Salud en otras instituciones y que encarnara la estructura más moderna, sólida y efectiva en el complejo campo universitario.

En la educación continuada para médicos esta Facultad de Medicina ha realizado una labor trascendental. La Revista, que con sus auspicios se edita, ha sido durante mucho tiempo el único elemento nacional que ha llegado a los médicos del país, para mantenerlos informados del movimiento científico en permanente crecimiento y formación. El personal docente que aquí ha trabajado ha realizado una labor de gran impacto nacional. Departamentos como el de Anatomía Patológica son suficientemente conocidos en todo el país y en él se han formado una buena parte de los patólogos que actualmente prestan sus servicios en los campos asistencial y docente en Colombia. Medicina Interna dio a nuestra Facultad una característica especial y aun sin tener en cuenta las grandes bases de laboratorio y los métodos auxiliares de diagnóstico, hechos que no se descuidaron, los egresados de la Universidad de Antioquia han estado siempre en condiciones de ejercer una medicina clínica acorde a las necesidades de la comunidad y de acuerdo a los recursos que poseen.

Quiero, finalmente, hacer énfasis en el Departamento de Medicina Preventiva. Me tocó también, por suerte, ser uno de los discípulos en el primer año de labores de esta dependencia. Lograron las directivas universitarias de ese entonces, poner al frente de él una persona que además de preparada adecuadamente, contaba con todas las características de un innovador en materia difícil y un tanto vaga. Fue el doctor Héctor Abad Gómez, el maestro que logró realizar una obra que, a través del

tiempo, sus discípulos hemos tratado de continuar y acrecentar tal como él la planeara y orientara, estimulados unas veces por su consejo y otras por su enojo.

De esta Facultad salieron los Salubristas que crearon en otras Universidades del país la misma inquietud que aquí ya se había logrado, acrecentando el caudal humano de gentes con interés y respeto por estas disciplinas, permitiendo la realización de un vasto plan sanitario cuyos frutos se empiezan a recoger.

Como hecho trascendental y culminando la labor anterior los doctores Abad Gómez e Ignacio Vélez Escobar, crearon la Escuela de Salud Pública, dependencia inicial de esta Facultad, con base en un Departamento de Medicina Preventiva prestigioso y aunque pequeño en número de personas, fecundo como el que más en realizaciones positivas, Escuela cuya realidad nacional nadie discute hoy en día y que se constituyó en baluarte fundamental de la docencia y la investigación en este campo y que proyecta su vida al resto de los países de América.

Quiero, al entregar la Cruz de Boyacá a la Facultad, rendir un gran homenaje a todos los que la han hecho posible y al imponer la Medalla Cívica del Mérito Asistencial y Sanitario "Jorge Bejarano" al señor doctor Héctor Abad Gómez, hacer un explícito homenaje al Maestro que nos formó, condujo y creó las bases suficientes para lograr una orientación en Salud Pública, justa desde el punto de vista social y adecuada a los elementos técnicos que su ciencia constituye.

A nombre del Gobierno Nacional y en el mio propio, mis congratulaciones muy sinceras ya que todos nos sentimos partícipes de tan alto honor por **estar íntima y** permanentemente vinculados a nuestra magnífica universidad y a los maestros que a través de ella han servido.

EL PROFESOR HERNAN POSADA

*Discurso en el acto de descubrir su retrato en el Decanato de la Facultad de Medicina.
Por el Prof. Daniel Correa V.*

Señor Ministro, Señor Rector de la Universidad, Señor Decano de la Facultad de Medicina, Señores Profesores, Señoras, Señores:

Resulta bastante incómodo analizar las características de una personalidad contradictoria y compleja en quien, ya de una mena despreciable afloran fulgores de metal precioso, ya, en la profundidad de un luciente tesoro de preeminencia y de virtud, se esconde la escoria, los negros carbones que son las fallas, que son los vicios humanos. Para hablar de tales personalidades se requiere dominar y domeñar el idioma, utilizar la diplomacia, relevar y encarecer mucho lo bueno para mermar un poco la prominencia de lo malo; encoger, acortar, limar y cercenar palabras y conceptos.

Para trazar los contornos de una personalidad tan simple como la del Profesor Hernán Posada (en el sentido que le damos al término en Química o en Filosofía), no se necesita saber mucho ni el trazarlos es tarea ingrata. Es tan elemental y placentera como mirar los guijarros en el lecho de un arroyo claro. Por eso me precipité a aceptar sin la menor protesta la elección que de mi modesta persona hicieron los organizadores de estos festejos a través de su coordinador, Doctor Ramón Córdoba Palacio, habiendo lenguas más ágiles y avezadas en el empleo de las palabras bellas.

No pretendo hacer ahora un resumen biográfico de severidad técnica, sino poner de relieve algunas cualidades de este hombre pulcro y sabio, sabio en el conocer y sabio en el obrar, cuya vida la dejó él mismo escrita con la claridad de su vivir.

Vió la luz del día el Doctor Hernán Posada en Andes (hace aproximadamente setenta años), ciudad que reposa en un pequeño descanso de las abruptas estribaciones de la Cordillera Occidental, en el suroeste antioqueño. Esas vertientes han sido fecundas en cafetos que han aportado riqueza a las arcas nacionales y, por tanto, bienestar a los colombianos, y en espíritus selectos como éste, hijo que fue de otro espíritu selecto, que han dado lustre a la patria y lumbré a la nación.

Hernán Posada dio muestras, desde estudiante, de lo que más tarde habría de ser: mente de cultura firme y vasta, en las más variadas disciplinas: Medicina, Historia, Literatura, Música, Matemáticas e Idiomas. La admiración de sus compañeros era casi reverente. Joaquín Aristizábal, otro pilar de la Medicina antioqueña, me decía que no podía entender cómo era posible que una persona supiera cosas tan heterogéneas y tan a fondo; que a Hernán se le podía preguntar, por ejemplo, por las más raras palabras inglesas con la seguridad de que las conocía. El ejemplo a mí no me impresiona porque su principal afición, su "hobby" como solemos decir, era descifrar crucigramas en idiomas extranjeros.

Esta pequeña travesura del Doctor Posada me fue contada por el Doctor Aristizábal: Escribió el estudiante en una historia clínica: "Adolece el paciente de vómitos frecuentes, acedías y eructos". Puso el profesor, que era muy dado a correcciones idiomáticas, una llamada al lado de la última palabra: "Regüeldos, que no eructos, amigo Sancho". Al siguiente día puso a su vez el estudiante una llamada a la corrección del profesor y escribió debajo: "Eructos, que no regüeldos, Sancho amigo". Yo me imagino al venerable profesor, vuelto a su casa, hojeando aprisa y un tanto nerviocillo el Quijote, a ver en definitiva cómo quedaba la situación.

Se acostumbraba en ese entonces, desde años atrás, presentar lo que se llamaba "exámenes preparatorios", una prueba, ante un jurado, de las asignaturas estudiadas en la carrera. Las calificaciones del alumno Hernán Posada, según los documentos que estoy leyendo, dicen: Primer Preparatorio: (Calificaciones, para no repetir las asignaturas) 5, 5, 5, 5, 5.

Segundo Preparatorio: 4, 4, 4, 4, 4. (Quién sabe en qué malas compañías andaría ahora: si Kant, Schiller, Nietzsche o Schopenhauer!).

Tercer Preparatorio: 5, 5, 5, 5, 5.

Cuarto Preparatorio: 5, 5, 5, 5, 5.

Quinto Preparatorio: 5, 5, 5, 5, 5.

Otro documento que aquí reposa demuestra un aspecto diferente de su personalidad: su honorabilidad a prueba de bomba. No lo voy a leer para no alargarme. En una momentánea ausencia suya del Consejo Directivo de la Universidad, el Consejo aprobó unos viáticos para su Rector, quien se encargaría de adquirir en Estados Unidos algunos equipos de laboratorio y otros elementos para la Universidad. El Doctor Posada rehusó esos viáticos alegando que los gastos que él hiciera para la adquisición de dichos elementos él los cobraría a su regreso. Pero que la ayuda de dos mil pesos para el viaje no podía aceptarla, porque de todas maneras él pensaba ir en busca de la salud de su esposa, y no consideraba debido que la Universidad, llena de necesidades que no podía atender, gastara en tales cosas su dinero. Anunció que cobraría sus cesantías del Departamento de Antioquia, a quien le trabajó largos

años; no porque le agradara cobrarlas, sino porque era lo único que podía darle como garantía al buen amigo que le brindó su ayuda. Terminó suplicando, “de la manera más encarecida”, que la proposición aprobada en su ausencia fuera reconsiderada y negada por unanimidad. Y que, si esto no fuere posible, que se la retirase y se la hiciese desaparecer. Hermoso ejemplo de honestidad, con pocos imitadores! .

El Consejo puso de nuevo en consideración la proposición de los viáticos, y de nuevo fue aprobada por unanimidad, previo acuerdo con el gobernador.

Como se ve, señoras y señores, si la estampa física del Doctor Posada era señorial, su arquitectura moral no tuvo nunca grietas por donde pudieran salir o entrar las críticas: porque a él no podía hacerse ninguna, ni jamás las hizo él tampoco de ninguno. Moderado en el hablar, como sobrio en el beber, su lenguaje, pulcro y sano, jamás llegó a esponjarse en tonos broncos, ni a humillarse a los niveles negativos de la vulgaridad. Tuvo el mismo diseño espiritual, excepcional e impecable, de ese otro elevadísimo caballero que se llamó Braulio Mejía.

En amores, en mayor o menor grado, la mayoría de los hombres son mariposas. Hernán Posada fue mariposa de un solo jardín: su hogar. Y de una sola flor: su esposa. En ella compendió todos sus quereres. Cuando a ella se le cerraron los ojos para siempre, a él se le quedó yermo y congelado el corazón. Pudo su vida física extinguirse por cualquier enfermedad, pero su espíritu quedó exangüe en el instante mismo en que los ojos de su “Amores” se apagaron. El luto riguroso que llevó hasta su muerte (“todo de negro hasta los pies vestido”), no fue convencional sino sentido. Esa negrura exterior era trasunto fiel de la tiniebla interna, de la negrura fúnebre que ahogaba su luz. Con un poco de irrespeto, me atrevería a pensar que ese amor fue casi patológico.

Profesor Posada González: esto no es sólo un acto rutinario, de colocar el retrato de un decano desaparecido en el salón del decanato. Si la Facultad aprovecha para ello la fausta ocasión de su centenario y del sesquicentenario de la Universidad, es porque la Universidad quiere honrar en forma destacada su memoria. Es porque la Universidad quiere honrarla, como usted la honró también a ella: con su sabiduría, con sus enseñanzas, con sus virtudes; la mejor de las cuales las resume todas: su gran bondad. Ella le conquistó el afecto intenso de cuantos lo conocieron, y la gratitud de cuantos lo conocimos y tuvimos el privilegio de gozar de su amistad. Por eso pudo usted decir con toda propiedad con Disraeli: “Todos los que me han conocido, me han amado! .

Doctor Daniel Correa V.

DESARROLLO GENERAL DE LA MEDICINA EN EL MUNDO

Conferencia dictada en uno de los actos celebrados con motivo del Centenario de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia.

Cecilia Serna Navarro

*Estudiante de la Facultad de Medicina
U. de A.*

La historia de la medicina, es la historia del error y la habilidad humana, pero es también la historia de los grandes descubrimientos y de la evolución de cierto número de principios fundamentales que conducen a nuevos puntos de vista, con respecto a la enfermedad, a la invención de nuevos instrumentos y de nuevos procedimientos, así como a la formulación de principios de salud pública tendientes a la conservación de la salud del hombre.

La investigación colectiva de historiadores, arqueólogos, etnólogos y sociólogos muestran que todas las fases de la antropología social que tienen que ver con los actos instintivos convergen en un punto común de analogía. Se ha encontrado que las tradiciones y las supersticiones en los diferentes pueblos primitivos tienen un parecido asombroso en todas las épocas y en todos los lugares.

En medicina el punto de conversión es el animismo o noción de que el mundo hormiguea por la presencia de espíritus invisibles que son las causas directas de la enfermedad y de la muerte. La medicina primitiva es inseparable de los modos primitivos de vida y de sus creencias religiosas. Para entender la actitud del hombre primitivo con respecto al diagnóstico y tratamiento de la enfermedad es necesario establecer que la medicina era sólo una fase de los procesos mágicos o místicos establecidos para hacer progresar y sustentar el bienestar humano, fundamentados en principios tendientes a evitar la ira de los dioses encolerizados o de los espíritus del mal.

La medicina tenía un valor igual a los rituales hechos para provocar la lluvia, purificar las habitaciones, fertilizar los suelos etc.

Estos poderes originalmente reunidos en una sola persona, ya se tratara de un héroe, de un dios, de un rey, de un sacerdote o de un médico formaban el concepto genérico del hombre primitivo en lo que se refería a "hacer medicina".

Considerando la enfermedad como obra de los espíritus ofendidos, la categoría de las causas naturales no existía entre ellos.

En sus producciones artísticas, el hombre paleolítico es generalmente animista e ideográfico, tiende por ello a dar vida a los objetos inanimados, y alcanza un asombroso realismo en la representación de la acción y del movimiento, mientras que su arte posterior (neolítico) se inclina a ser estático y geométrico tiende por ello a la perfección de la forma. De la misma manera que cambió su expresión artística se transformó también su pensamiento religioso, que pasó paulatinamente del politeísmo al monoteísmo atravesando por el chamanismo como etapa intermedia.

Con el comienzo del chamanismo encontramos en todas partes el advenimiento del hombre de la medicina, como doctor brujo que maneja la enfermedad totalmente por medio de maniobras psicoterapéuticas que sirven para despertar la respuesta de autosugestión en su paciente; el chamán hace lo mejor que puede para espantar los demonios o espíritus malignos causantes de la enfermedad, para lo cual asume en ocasiones aspectos terribles, aspectos que cobran gran importancia desde el punto de vista de la psicología elemental del salvaje primitivo. El chamán aparece en la época en que empieza a desaparecer la comunidad primitiva por la producción de excedentes y el mayor desarrollo de las fuerzas productivas, que determinan distintas relaciones sociales de producción. Se da entonces la sociedad esclavista en esta los amos empiezan a sistematizar experiencias, gracias a que no tienen que emplearse en el trabajo material; surge así la primera fase del conocimiento: la observación, que sometida al pensamiento lógico permite la formulación de teorías y principios. Es precisamente lo que hace Hipócrates en su época dentro de una sociedad esclavista como la griega.

LA MEDICINA ANTIOQUEÑA EN LA EPOCA DEL DESCUBRIMIENTO Y LA CONQUISTA

Las prácticas curativas de nuestros naturales, se modificaron muy poco durante la época del descubrimiento, los métodos curativos autóctonos no fueron prácticamente superados. Para entonces la medicina europea estaba en decadencia, la lucha que se libra en esta época entre la estructura y la super estructura, por la aparición de cambios incipientes en las relaciones económicas de producción, condiciona cambios en la concepción de todas las ciencias. En la medicina, el estudio clínico del paciente mediante la observación, fue reemplazado por las doctrinas galénicas de la terapéutica del síntoma; desde entonces el enfoque de la enfermedad se empieza a hacer en una forma individual, olvidando el elemento social del hombre.

En las colonias la época fue aún más oscurantista, la sed de oro de los conquistadores no dio lugar a ningún brote científico, y su carácter aventurero y salvaje, apenas sí les permitió llevar una vida tan primitiva como la de los aborígenes.

Además al igual que los nativos, los españoles que llegaron al continente americano tenían creencias y prácticas curativas no menos supersticiosas que los indígenas, según afirma Pérez de Barradas quien dice, por ejemplo: "El chupar las heridas infectadas era práctica preconizada por la famosa escuela de Salerno".

LA MEDICINA INDIGENA EN ANTIOQUIA

Al dirigir una mirada retrospectiva sobre el desarrollo general de la medicina en Antioquia, vemos como ha seguido etapas si no iguales, muy similares a las presentadas en el resto del mundo: primero la fase hierática o sacerdotal, luego la magia, posteriormente el empirismo y finalmente el conocimiento experimental.

Entre los indígenas americanos se advierte, al igual que en los pueblos euroasiáticos, que la medicina comienza por ser de carácter sagrado o perteneciente a la magia. Los médicos eran generalmente sacerdotes y tenidos como poseedores de poderes mágicos por medio de los cuales ejecutaban obras que eran juzgadas como sobrenaturales; producían también efectos extraordinarios por medio de relaciones con espíritus ultraterrenos. La demonomanía o magia negra era la manera de curar más general entre los médicos indígenas de Colombia. Fue precisamente el médico hechicero o brujo el que prevaleció en los pueblos de cultura inferior y media, como los hallados en nuestro territorio.

El curandero o poseído estaba investido de poderes sobrenaturales para curar las dolencias o para desalojar los espíritus malignos, que eran para ellos los causantes de las malformaciones físicas, congénitas o adquiridas, y de los diversos trastornos psiquiátricos y orgánicos.

El contacto directo con la naturaleza dio seguramente a algunos de ellos conocimientos sobre la acción benéfica de las plantas y desarrolló prácticas rudimentarias tendientes a su defensa y conservación; fue así como empezaron a extraer cuerpos extraños, a vendar las heridas y a fijar torpemente una fractura.

La elección de los médicos primitivos en nuestro territorio constituía uno de los rituales de mayor importancia de la tribu según lo afirman en sus crónicas Gonzalo Fernández de Oviedo y Pedro de Aguado.

Aún hoy en las familias catías que subsisten, el Kaivaná o jaivaná es una de las figuras centrales de la tribu. Designado desde temprana edad su preparación la realiza generalmente el padre. Cuando ésta ha terminado el nuevo Kaivaná recibe de su maestro algunos fetiches o Kay, se fabrica su bastón ritual o angi jai ara, símbolo de su poder y que le acompañará toda su vida.

Los aborígenes de las márgenes de los ríos Sinú, Murri, Verde y Sucio guardaban un respeto sagrado a sus Jaivanás. Estos construían en sus habitaciones una especie de altar llamado Chimiá ego barí en el que colocaban el angi jai ara y un número de amuletos de madera (jaies) igual al de las enfermedades que tenían que tratar, pues consideraban que cada una de ellas tenía su respectivo espíritu protector al que llamaban Jai ñaña.

Los catíos poseen desde tiempos inmemoriales grandes conocimientos de toxicología, es bien conocido el veneno con que preparan sus dardos extraído de las ranas del género *Phylllobates* según el Doctor Andrés Posada Arango o del género *Dendrobates* según E. Reid Dun. Estas ranas son denominadas hoy *fiu fiu* por los naturales, posiblemente por el ruido que hacen al croar; también se les conoce entre ellos como *vasochaqué* que en su lengua significa sapo pequeño venenoso. Otro poderoso veneno empleado por los catíos es el extractado del árbol llamado por ellos *pacurú niaará* estudiado por el Doctor César Uribe Piedrahíta en su tesis de grado en 1920. De dicho jugo se ha aislado un glucósido de propiedades tónico cardíacas acerca del cual escribió su tesis el Doctor Jorge Huerta Lozano en 1927.

NOTICIAS COLONIALES SOBRE PRACTICAS MEDICAS, LEYES Y FUNDACIONES DE CENTROS ASISTENCIALES

Los avances médicos en la época de la colonia fueron reducidos, lo que no es de extrañar si se tiene en cuenta las condiciones culturales de la Metrópoli y del Virreinato.

No sólo en la Península Ibérica sino en toda Europa reinaba una oscuridad casi absoluta en la investigación. Los descubrimientos de hombres atrevidos y geniales como Miguel Servet fueron conducidos con él a la hoguera debido al fanatismo que entorpecía en aquel entonces el desarrollo de las ciencias. Así se desarrolló una medicina más supersticiosa aún que la indígena y se implantaron en estas tierras las hechicerías y las creencias de origen africano algunas de ellas aparecen citadas por Don Tomás Carrasquilla en su novela sobre costumbres coloniales "La Marquesa de Yolombó", en la cual explica la fusión de culturas de las diferentes razas.

En general durante este lapso los habitantes del nuevo continente estaban sumidos en la más profunda ignorancia, pues la forma colonial de dominación estaba sustentada precisamente en la falta de capacitación de los colonos. Además, en lo que respecta a Medicina, la idoneidad prácticamente sobraba de acuerdo con la concepción del ejercicio de la profesión, pues los pacientes solventes eran muy escasos y la organización social y política no favorecía una práctica social de la misma.

Este hecho condicionó y fomentó la aparición del curanderismo. Los curanderos surgieron para suplir la necesidad de salud del pueblo y sus prácticas tomaron cada vez

más fuerza. Estas prácticas aparecen penadas o castigadas en las leyes de Indias pero desafortunadamente dichas sanciones nunca se cumplieron.

En 1870 D. Juan Antonio Mon y Velarde reglamentó para Antioquia el ejercicio legal de la medicina. En esta reglamentación hace un recuento del abandono de la provincia en materia de salud. Ya en ese entonces existían en el Departamento El Real Hospital de San Carlos, fundado por D. Cayetano Vuelta Lorenzana en 1782, en el local que ocupará el Colegio de los Jesuítas; el hospital de Rionegro, fundado en 1788, y el hospital de San Juan de Dios de Medellín dado al servicio en 1797. Su funcionamiento dependía del noveno y medio de diezmos y de las colectas públicas lo cual limitaba la atención asistencial por falta de recursos hasta tal punto que en ocasiones no trabajaba en ellos ningún médico. Era apenas natural que las epidemias de fiebre amarilla, gastroenteritis, viruela, etc. se pasaran triunfantes por todo el territorio.

Para fines del siglo XVIII y principios del XIX se nota una mayor preocupación del gobierno peninsular por la salud de sus colonos, preocupación motivada por las circunstancias económicas y políticas existentes tanto en la metrópoli como en las colonias que vivían un espíritu de independencia exaltado por revoluciones como la francesa que había hecho tomar conciencia a los criollos de la opresión y había intensificado sus sentimientos de libertad.

Presionado por dicha atmósfera política, el monarca español empezó a tomar mayor interés por el bienestar de sus súbditos; gracias a este interés se organizó una expedición dirigida por los Doctores Francisco Javier Balmes y José Salvany para traer a la América al virus de la vacuna. Del virus traído por esta expedición se practicó en Antioquia la primera inmunización contra viruela, gracias a Don Juan Carrasquilla quien al saber que aquella viajaba de Cartagena a Bogotá por el Magdalena organizó a sus expensas una que se reunió en Nare con la del Doctor Salvany.

LA MEDICINA ANTIOQUEÑA EN EL SIGLO PASADO

A principios del siglo pasado la medicina estaba en manos de curanderos y charlatanes no sólo en Antioquia, sino en todas las colonias hispánicas, según lo afirma una Real Cédula expedida el 2 de octubre de 1801, en la que consta que el padre José Celestino Mutis, director de la expedición Botánica, había informado a la Corte de España, que debía nombrarse al padre Miguel de Isla catedrático de Medicina ya que esta cátedra era de gran urgencia y necesidad para la formación de médicos hábiles que librarán a la capital de tener que acudir a los servicios de infelices curanderos.

El padre Isla fue nombrado catedrático y educó entre otros al Doctor José Félix Merizalde, maestro de los primeros profesores antioqueños. A pesar del establecimiento de la cátedra y de que, como hemos visto antes, la Corona había empezado a preocuparse por el bienestar de sus colonias éstas permanecían aún sumidas en el más completo abandono y era difícil encontrar médicos titulados en este Virreinato.

Se cree que D. Isidro Peláez natural de Marinilla, fue el primer antioqueño que recibió el título de doctor en Medicina. Graduado en España ejerció luego en su tierra natal donde no alcanzó mucha fama.

El ejercicio de la medicina llegó a ser en el siglo pasado una práctica caritativa de clérigos y laicos considerados virtuosos, quienes recibían instrucciones de empíricos y del gobierno peninsular que publicaba disposiciones en las que se indicaban distintas terapias y aún procedimientos quirúrgicos como la cesárea. Existen varios documentos en los cuales además de las prescripciones se hace hincapié sobre la importancia de velar por “la vida espiritual de las gentes”. Este criterio religioso contribuyó bastante al atraso de la medicina en esta época, pues la enfermedad entendida como medio de expresión era soportada con resignación cristiana y era poco lo que por el enfermo se hacía.

A partir de 1810 la provincia sufrió las consecuencias de la crisis social, económica y política que azotó al país a raíz de los hechos del 20 de julio.

La inexperiencia política de los diferentes estados, que aisladamente fueron proclamando su independencia, y el desmembramiento ocasionado por ello a la naciente república, repercutió tremendamente en el campo científico; la medicina no podía escapar a las consecuencias. La escuela de Isla y Tejada fue suspendida transitoriamente y los médicos al igual que los demás criollos cultos se vieron obligados a sacrificar la incipiente ciencia para dedicarse a la organización política de la nueva nación.

En aquella época la salud en Antioquia estaba totalmente abandonada; la situación era tal que ni aún los gobernantes disponían de atención médica. Cuando el dictador Don Juan Del Corral enfermó en Rionegro, tuvo que ser atendido allí por un médico de yerbas cuyas medicinas no brindaron alivio al dictador, por lo cual fue necesario enviar a Medellín por otro curandero de renombre, Don Nicolás de Villa y Tirado, maestro del Doctor Manuel Uribe Angel quien siendo su amanuense hizo su primera prescripción.

En Medellín aparecen además en aquella época: Don Joaquín Tirado; Don José M. Upegui quien realizaba operaciones quirúrgicas que se reducían a amputar miembros y hacer sangrías; el licenciado Don Pantaleón de Arango, abogado del reino, vocal del Departamento, del Cabildo de la Villa de Medellín y Vicepresidente de la Suprema Junta Provincial, quien ejercía además de la profesión de abogado la de médico, fue él

quien elaboró en 1816 durante la reconquista el decreto que sancionó el entonces gobernador Don Vicente Sanchez de Lima, sobre vacuna antivariolosa.

Después de la reconquista no quedaron entre nosotros muchos cultivadores de las ciencias pues Morillo llevó al patíbulo a hombres como Jorge Tadeo Lozano y Francisco José de Caldas.

Para esta época dos escuelas médicas reinaban en Europa y su influencia llegó hasta nosotros por medio de médicos europeos venidos al país.

La escuela inglesa de Brown era una de las imperantes, para ésta la vida era el resultado de estímulos exteriores sobre el cuerpo organizado; las enfermedades se producían por aumento o disminución de la excitación, como condición vital. La terapéutica para esta escuela por lo tanto consistía en dar estimulante o depresivos, para lo cual se apelaba al alcohol o al agua según el caso.

El representante entre nosotros de dicha escuela fue el Doctor Jervis, hijo de un coronel de las milicias inglesas quien se estableció como médico en Marmato en 1825. En un principio se aficionó al opio y al licor, como buen partidario de Brown, pero más tarde logró salir de la adicción y ejercer la medicina con gran acierto, dentro de su época. Fue este médico quien introdujo entre nosotros el uso del cateterismo, pues fue el primero que colocó una sonda vesical en Antioquia. Al pasar a ejercer a Medellín, encontró que el Doctor Manuel V. de la Roche lo superaba en la práctica científica y particularmente en el tratamiento de la disentería para la cual empleaba el calomel. Frustrado por esto se dedicó a la "guaquería" que le proporcionó dinero para regresar a Inglaterra. Se considera al Doctor Jervis como el introductor de la medicina racional en Antioquia aunque su práctica fue bastante empírica.

La otra escuela dominante en Europa era la escuela de Broussais, que fue la de mayor auge entre nosotros en los albores de la época de la república y reinó casi como única hasta la mitad del siglo. Perteneció a esta escuela la primera publicación de carácter médico aparecida entre nosotros. Fue ello con motivo de la epidemia de cólera de 1830: las "Lecciones del Doctor Broussais sobre el cólera morbus" que editó en el Constitucional de Antioquia; en ella se hacía una descripción clínica de la enfermedad, se hablaba de la predisposición individual como factor indiscutible, y de la necesidad de adoptar medidas de higiene urbana como base de una profilaxis racional. Precisamente en este último sentido produjo la publicación sus frutos, uno de los cuales fue el decreto dictado por el Gobierno Provisional el 28 de junio de 1832; decreto que resume en once artículos todo un código de policía sanitaria, asilo urbano, protección de las aguas, mataderos, etc..

La escuela de Broussais hizo de la gastroenteritis la base fundamental de la patología, pues, para su fundador la enfermedad dependía de la influencia local de un órgano, especialmente del estómago y de los intestinos; prescribía por ello la abstinencia, las bebidas emolientes, los revulsivos y la sangría.

Durante el gobierno de Don Juan de Dios Aranzazu, y con motivo de la epidemia de disentería que en aquellos días azotó a Medellín, se reunió el 15 de diciembre de 1834 una junta de sanidad compuesta por el gobernador Aranzazu; el señor cura párroco, Don Francisco de Paula Benitez; el personero, Don Gregorio M. Urreta y los Doctores William Jervis, Francisco Orta, Sinforiano Hernández, Juan Carrasquilla y Pedro Uribe Restrepo. Vale la pena anotar aquí algunos datos biográficos del Doctor Orta, uno de los médicos que tomó parte en lo que podría denominarse la primera organización de salud pública del Departamento.

Había venido a Colombia el Dr. Orta en la expedición científica contratada por Francisco Antonio Zea en 1822 por orden del gobierno de la Gran Colombia; llegó a Antioquia cuando, de regreso a su patria, Dn. José Manuel Restrepo le habló de la conveniencia de un viaje a esta provincia para prestar servicios en Medellín y Rionegro. Firmó entonces un contrato por dos años, terminado el cual se le nombró médico del Hospital San Juan de Dios.

El impulso dado por el Gobernador Aranzazu a la educación, así como la presencia de algunos médicos prestigiosos y la necesidad de salud para la comunidad despertaron en algunos jóvenes antioqueños un gran interés por los estudios médicos.

El doctor Blair había venido al país con la Legión Británica de la cual era médico. Llegó después de la Independencia a Medellín, donde acreditó su título y se estableció como profesional.

Fue el doctor Blair uno de los hombres que contribuyó para que, en 1834, los alumnos del Colegio de Antioquia solicitaran la creación de los estudios médicos en Medellín, lo cual no fue posible en aquella época ya que el Presidente exigió a los solicitantes el sostenimiento de los profesores, requisito que no pudo ser cumplido por ellos. Fue así como la primera cátedra de medicina vino a ser dictada en Santa Fé de Antioquia en 1837 por el Dr. Juan Antonio Martínez Pardo quien ofreció dictarla ad honorem en el Seminario de dicha ciudad.

Posteriormente, en 1851, se estableció en Bogotá y en Medellín la enseñanza privada de la Medicina. En Medellín los primeros maestros privados fueron el doctor Justiniano Montoya quien enseñó Anatomía y el doctor Manuel Vicente de la Roche quien dió varias asignaturas.

El doctor de la Roche fue quien primero identificó el "tuntun" con la anemia de los mineros de Schaminitz, y quien enseñó a tratarla; fue al parecer el primero que empleó entre nosotros el reloj para tomar el pulso, este reloj fue un rudimentario reloj de arena; fue además el mecenas del doctor Posada Arango a quien facilitó después de su entrenamiento la continuación de sus estudios en Bogotá.

El creciente anhelo de los jóvenes antioqueños por el estudio de la medicina y el hecho de que ya muchos habían recibido una educación privada hizo que se dictara la ley orgánica del 5 de diciembre de 1857, según la cual se otorgaba al Colegio de Antioquia la facultad de dar diplomas de licenciado y de Doctor en medicina previo el estudio de las siguientes materias: Anatomía general, Fisiología e Higiene para el grado de Licenciado y para optar al título de Doctor estas mismas materias además de Patología general y Terapéutica, Materia médica, Farmacia, Cirugía, clínica y Medicina Legal.

El doctor Antonio Mendoza, rector del colegio del estado de 1863 a 1864, abrió en este año la enseñanza de Anatomía y Fisiología, pero nadie se presentó para matricularse en los cursos. En los años siguientes figuran algunos matriculados pero no consta si recibieron algún título.

El 14 de octubre de 1871 se dictó la ley 198, presentada por el diputado abejorraleño Dn. Marco Aurelio Arango. Se pensó que la expedición de esta ley marcaría el comienzo de una nueva era en el desarrollo histórico de la medicina en Antioquia. Pues el estudio de la medicina no sólo en Antioquia sino en todo el país había sido el privilegio de unos pocos.

Entre los indígenas el chaman era seleccionado generalmente de jóvenes pertenecientes a las familias principales y ocupaba un puesto de privilegio en la tribu, en la cual prestaba sus servicios como curandero a los señores principales, que podían disponer de él y de su vida.

Posteriormente, durante la dominación española, los médicos fueron hidalgos peninsulares al servicio de los virreyes o de las familias criollas distinguidas, como tal vino Dn. José Celestino Mutis al servicio de Dn. Pedro Messía de la Cerda.

En épocas posteriores a la Independencia los estudios médicos continuaron siendo para unos pocos afortunados que podían viajar a Europa o pagar las enseñanzas privadas de maestros nacionales o extranjeros formados en las Universidades del viejo continente.

En 1872 se iniciaron las clases sobre materias médicas en la hoy Universidad de Antioquia; en este años se dictaron los siguientes cursos:

Anatomía descriptiva por el Dr. Julián Escobar

Histología por el Dr. Julián Escobar

Fisiología, Patología general y Patología interna por el Dr. Aureliano Posada

Química orgánica por el Sr. Paulino Florez Arteaga

Química mineral por el Dr. Pedro Herrán

Botánica por el Dr. Andrés Posada Arango.

Los alumnos que iniciaron sus estudios este año fueron: Ramón Arango, Tomás J. Bernal, Jesús M. Espinosa, Alejandro Fernández, Paulino Florez, Julián M. Fonnegra,

Martín Moreno de los Ríos, Manuel Peláez, Alejandro Restrepo, Santiago Santa María, Julio Restrepo, Rafael Uribe, Francisco Velásquez, Daniel Uribe y Rodolfo Zea.

La escuela tuvo como primer director al entonces rector de la Universidad Dr. Román de Hoyos.

En 1873 entraron como profesores nuevos el Dr. Uribe Angel y el Dr. Antonio Naranjo. Una comunicación dirigida por el Dr. Manuel Uribe Angel al secretario de gobierno en noviembre de ese año nos permitió apreciar la forma como se llevaba a cabo la docencia en las ciencias médicas y los proyectos y conceptos que sobre el futuro de la escuela de medicina tenía el propio Dr. Uribe Angel: "Los exámenes correspondientes a los diversos cursos de la Escuela de Medicina, que tuvieron lugar en presencia del ciudadano presidente del Estado, en los días 13 y 14 del año en curso, dieron un resultado que en mi opinión es altamente satisfactorio. La escuela de Medicina Antioqueña está aún muy lejos de tener bases firmes y sólidas; pero los pequeños ensayos hechos hasta ahora en la enseñanza de las ciencias médicas, dan derecho a juzgar sobre el porvenir que espera a estas ramas de la educación científica, un brillante resultado.

"La fundación definitiva de la Escuela necesita urgentemente el doble impulso que deben imprimirle de un lado el patriotismo de la corporación profesional de esta ciudad, y del otro el estímulo y protección del Gobierno seccional. Abrigo la esperanza de que en lo sucesivo, ambos elementos serán enérgicos y eficaces"

"La juventud antioqueña que se educa en esta clase de estudios, tiene condiciones físicas y mentales que difícilmente serán aventajadas por la juventud de otros países"

"Llevo observado, Señor Secretario, que en todo asunto descriptivo, de cálculo y de aplicación práctica, el alumno antioqueño es admirablemente lúcido y expedito. Esta idea experimental me viene de lo visto y contemplado en mis tareas de profesor"

En 1876 la guerra obligó a la clausura de la Facultad y los alumnos tuvieron que abandonar sus estudios; algunos continuaron en la Universidad Nacional y otros se marcharon a Europa, para entonces ya habían recibido su grado los primeros médicos de esta Escuela, Doctores: Julio Restrepo, Jesús María Espinosa y Tomás Bernal.

Las condiciones políticas y económicas en que se halló el país después de la mencionada guerra hicieron que la reorganización de la Facultad fuera una tarea lenta y difícil; no fue hasta 1881 cuando se reabrieron los cursos de Anatomía y Fisiología a petición de algunos jóvenes.

En este año anota el Doctor Manuel Uribe Angel: "Mal pudiera yo afirmar que nuestra situación sea satisfactoria. Carecemos de un anfiteatro anatómico, no tenemos pabellón quirúrgico; las disecciones nos son desconocidas, los laboratorios químicos nos vienen con la paz y se van con la guerra....."

En este mismo año de 1881 se abrieron algunos cursos de medicina en el Seminario, allí iniciaron sus estudios jóvenes como el más tarde rector de la Universidad Doctor Antonio Mauro Giraldo.

En 1883 el Doctor Alvaro Restrepo, Rector de la Universidad, dictó un decreto por el cual se reglamentaban las prácticas docentes de la Facultad en el Hospital San Juan de Dios. Durante este año se vivió una época de calma en la Escuela y se perfeccionó la docencia.

En 1885 la guerra dispersó nuevamente a los estudiantes y acabó prácticamente con la Facultad; al reorganizarse contó tan solo con dos profesores el Doctor Tomás Bernal de Anatomía, Botánica, Zoología, Histología y Pequeña cirugía, y el Doctor Ramón Arango de Medicina Operatoria.

En estos años la profesión tomaba cada vez más auge y el 7 de julio de 1887 el Gobernador Marceliano Vélez reunió en el salón de la Asamblea la casi totalidad de los médicos residentes en Medellín. De esta reunión nació la Academia de Medicina de Medellín. Los miembros constituyentes de entonces fueron: El Doctor Manuel Uribe Angel, presidente; el Doctor José I. Quevedo, vicepresidente; el Doctor Ramón Arango, secretario; el Doctor Francisco Arango, vicesecretario; el Doctor Francisco A. Uribe, tesorero; y el Doctor Andrés Posada Arango, redactor; además los doctores: Manuel V. de la Roche, Ricardo Rodríguez, Rafael Pérez, Tomás Quevedo, Juan de Dios Uribe, Joaquín Castilla, Francisco Molina, José M. Hernández, Julio Restrepo, Pedro D. Estrada, Rafael Campuzano, Alejandro Restrepo, Tomás Bernal, Julián Escobar, Federico A. Peña, Eduardo Zuleta, Juan C. Alvarez, Teodomiro Villa, Enrique Villa, miembros de número; Antonio Mendoza y Florencio Mejía, miembros honorarios. La misión encomendada a la Academia y en la que trabajaron sus primeros miembros por algún tiempo con ahinco, fue la divulgación de las ciencias naturales, la medicina y la cirugía.

En 1889 el Gobierno Departamental adquirió la casa contigua al Hospital San Juan de Dios por la carrera Cúcuta y pasó la Escuela a esta edificación. En 1896 se construyó allí un edificio de dos plantas para el funcionamiento de la escuela, en la primera planta funcionaron los laboratorios de Parasitología y Bacteriología. Fue en este año cuando el Doctor Montoya y Florez dictó la primera cátedra sobre esta materia y empezó a preocuparse por el adelanto de la cirugía; en este mismo año se construyó el primer quirófano en el citado Hospital.

Desafortunadamente en 1899 la guerra alejó una vez más a los estudiantes de los claustros universitarios; algunos de ellos entraron a prestar sus servicios al ejército. En 1901 el edificio fue ocupado como cuartel con grandes pérdidas por los destrozos ocasionados por la tropa en la biblioteca y los laboratorios. A mediados de este año se iniciaron nuevamente las clases y se matricularon 21 alumnos. La Facultad siguió progresando con los aportes de la Universidad y del gobierno; en julio de 1904 se expidió la ordenanza 22 algunos de cuyos artículos reglamentaron las prácticas en la

Facultad. Desafortunadamente la escuela tuvo que ser clausurada en 1905 por falta de presupuesto y las disposiciones de la ordenanza no se cumplieron. El Consejo Universitario creó en reemplazo de la Escuela de Medicina, la Escuela de Agronomía que posteriormente dejó de ser dependencia de la Universidad de Antioquia.

En 1910 el Doctor Juan Bautista Londoño, entonces director de Instrucción Pública, y quien había sido alumno de esta Facultad por algún tiempo, estableció de nuevo los estudios de Medicina en el Departamento, en donde cada vez empezaba a practicarse una medicina más científica, para la cual el viejo Hospital de San Juan de Dios resultaba cada vez más inadecuado.

Con el fin de proceder a la fundación de un nuevo Hospital, se reunieron el 16 de mayo de 1913 varios ciudadanos pertenecientes a la industria, a la banca y al comercio y acordaron emprender la construcción del Hospital San Vicente de Paúl, cuyos planos fueron ejecutados por el arquitecto francés Monsieur A. Gavet y cuya primera piedra se colocó el 24 de agosto de 1913. Desafortunadamente como era una obra que sería construída por medio de donaciones y de la caridad pública, los trabajos no fueron emprendidos hasta 1916 y su conclusión no se logró hasta 1934. En este año el Gobierno Departamental empezó a tener ingerencia en la administración del nuevo hospital; sin embargo, hasta hoy continúa siendo una institución privada que cada año se ve obligada a implorar la caridad pública; lo que quiere decir que entre nosotros los servicios de salud aún siguen siendo deficientes por falta de financiación y que las gentes sin derecho a utilizar los Seguros Sociales continúan sin una atención adecuada o asistiendo cuando sus recursos económicos se lo permiten a las clínicas particulares.

La primera de las cuales fue fundada en 1919 por los Doctores Alfonso Castro, Antonio Mesa y Gil J. Gil; en 1923 pasó a ser propiedad del Doctor Gil J. Gil y tomó entonces el nombre de Clínica Gil. Posteriormente el Doctor Montoya y Florez fundó La Samaritana y el Doctor Alfonso Castro la clínica La Merced.

Volviendo a la historia de la Facultad encontramos que el 2 de abril de 1918 la Asamblea dictó la Ordenanza 14, en virtud de la cual las Escuelas de Medicina y Derecho funcionarían separadamente a partir del mes de julio del mismo año.

En cumplimiento de dicha ordenanza el Consejo Directivo nombró, el 14 de mayo, al Doctor Braulio Mejía Decano de la Escuela de Medicina y al Doctor Pedro Nel Cardona Secretario de la misma.

La mencionada Ordenanza 14 de 1918 dio a la Escuela relativa autonomía en cuanto se refería a su organización interna; estableció su funcionamiento de acuerdo con los reglamentos de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, pero sujeta a las disposiciones del Consejo Universitario.

En 1923 el Consejo Directivo de la Universidad presidido por el Doctor David Velásquez, entonces Director de Instrucción Pública, dictó el reglamento para la

Escuela. En este reglamento consta que la Escuela estará bajo la dirección inmediata de un Consejo Consultivo, compuesto por el Director de la Escuela quien será su presidente, un profesor nombrado por el Consejo Directivo quien será su vicepresidente y tres profesores más nombrados así: dos por los docentes y uno por los estudiantes.

La composición de este consejo se modificó posteriormente y el entonces estudiante Benjamín Mejía Cálad fue nombrado en 1934 como representante de los estudiantes.

En este año la escuela había pasado a ocupar el nuevo edificio construido cerca del Hospital San Vicente según los planos del ingeniero belga M. Goovaertz, y cuya primera piedra había sido colocada en 1925.

Durante este tiempo la Facultad vivió una época de decadencia condicionada por la crisis económica que atravesó el país en aquellos años en los cuales llegó a pensarse la clausura de la Universidad entera.

En la década siguiente de 1940 a 1950, la Facultad sufrió un cambio tremendamente acelerado; la influencia de la Escuela francesa, hasta entonces dominante, fue suplantada por la estadounidense, debido a que cada vez la guerra hacía más difíciles las comunicaciones con el viejo continente y favorecía el desarrollo de los Estados Unidos de Norteamérica como potencia imperialista.

En este período visitó nuestro país la Misión Médica Unitaria que llegó a Medellín el 1o. de noviembre de 1948 con el fin de adelantar un estudio sobre nuestras organizaciones de salud y los métodos de enseñanza en nuestra Facultad. Al referirse a este último tópico el Doctor McKeen Cattell, miembro de la misión anotó: "Las condiciones generales de la escuela de Medicina de la Universidad de Antioquia son similares a las de la Universidad Nacional en Bogotá o sea clases muy numerosas, poco trabajo de laboratorio, poco contacto con los pacientes y un plan general de trabajo copiado de los sistemas continentales"

Otro de los miembros de la misión el Doctor Salvatore P. Lucia consignó entre otras muchas fallas: "Lo difícil de mantener en Colombia un buen programa de salud pública nacional, puesto que todos los oficiales de sanidad, desde el ministro de higiene, hasta los secretarios locales de salud pública, son nombrados por razones políticas" hizo además referencia a lo inconveniente del nombramiento político del rector y de los decanos.

El Doctor Lucia al igual que los demás miembros de la misión precisó la necesidad de disminuir el número de estudiantes y aumentar el número de profesores en las Facultades del país.

A partir de esta visita se aceleró la transición hacia los sistemas americanos que se impusieron con facilidad debido a la debilidad de nuestro poder político. Se obtuvieron varias becas para el entrenamiento de médicos jóvenes en distintas universidades

norteamericanas y se iniciaron cambios en la enseñanza; de acuerdo con los modelos americanos se incrementó el trabajo clínico individual y fueron suprimiéndose las clases magistrales, se aumentó además el número de profesores y se hicieron adquisiciones de equipos de laboratorio, varios de los cuales fueron donados por fundaciones americanas.

En estos años se terminó la construcción de los nuevos edificios de la facultad emprendida en 1938 según los planos elaborados por estudios Nuti, se construyó además el edificio de Anatomía Patológica, el pabellón de consulta externa, el de radiología, el Hospital Infantil y Policlínica. En la última década la Facultad se ha visto afectada por los problemas generales que aquejan a toda la Universidad colombiana, la cual refleja en estos momentos la situación de una sociedad en crisis que reclama a la Universidad la preparación de los agentes del cambio que se hace necesario para un desarrollo nacional integral.

RECUERDOS MEDICOS

De Carlos Sanín Aguirre.

Nota: Para aquellos lectores que por razones cronológicas o por diferencias generacionales no acierten a conocer a los personajes que aquí, con todo respeto, trata de describirse, tan someramente, damos sus nombres a continuación.

Doctor Jesús Peláez Botero

Doctor Alonso Restrepo Moreno

Doctor David Velásquez Cuartas

Doctor Alfredo Correa Henao

Doctor Jesús María Duque

Doctor Miguel María Calle

Doctor Braulio Mejía

Doctor Pedro Nel Cardona Correa

Se me ha pedido que recuerde, algo así como pedirme que de marcha atrás en mi vida consciente, por que recordar es un poco morir. ¿Pero no estamos siempre muriendo un poco? , ¿no es la vida un desvivir en el tiempo? , ¿un hundirse en el pasado? . Pero recordar es también un pervivir de ese pasado, un mantenerlo vivo por el recuerdo. Recordar, vivir, morir.

Marcho hacia atrás, velozmente, vertiginosamente, cuarenta años, señores cuarenta años. Yo fuí estudiante primerizo, no continué siéndolo? hace cuarenta años. Revivo

una intensa emoción, sí, allí van perfilándose en mis recuerdos, unas figuras muy queridas; van apareciendo. Las veo con profunda emoción contenida: fueron mis maestros, pero después fueron mis amigos dilectos, algunos muy queridos por mí. Lo veo, cetrino, delgado, nervioso, con aquel gesto inconfundible de pasarse toda su mano por el rostro y terminar ese tic estrechándose su nariz, lo veo con dos paquetes de cigarrillos sobre su mesa de profesor, fumando incansablemente, y quejándose siempre, siempre de su sinusitis, lo veo llegar siempre tarde a aquella clase de las seis de la mañana o de las seis de la tarde. Lo veo sacarse sus pequeños apuntes del bolsillo externo de su saco, siempre abierto, y lo veo siempre en tren de enseñar “corchando”, tan sonriente. Era cruel con nosotros era su pedagogía pero le queríamos”. La última vez coincidimos de vecindad en el teatro, su disnea le hacía literalmente arrodillarse para asirse a la silla delantera, mi corazón sufría mucho junto a mi maestro, él en la oscuridad del cinema conversaba, conversaba brillantemente, era un deleite siempre para el espíritu escucharle. Señores, le recuerdo, lo revivo en mí, está vivo en mí. Querría hablarles tanto de él.

Su figura pequeñita, somáticamente ínfima, trepidante, un poco rubia, chispeante de ingenio, que apenas si sobresalía de su asiento de cátedra, desde donde nos leía y explicaba aquellas odiosas clasificaciones de los lepidópteros, de los anofelíneos, de los culicidos. Hablábamos de la muerte física, y de los “bellos” procesos de nuestra desintegración subterránea. Lo veo allí, en su viejo laboratorio con su “caja mortuoria” “lista”. Ah! , pero también lo percibo, jocoso, jocundo, de “viejas polainas de cuero”, y con su altímetro al cinto, que no podía faltarle, al frente de la “troupe estudiantil” por las laderas del Magdalena cazando los anofeles. (Y por la noche en el baile del Puerto, al que invitaron a los “doctores”, con la banda del pueblo y bailando con la Rita. Señores lo veo a él, veo la Rita, ella negra retinta, tamañona, poderosa, el tan pequeñito, bailaban como antaño, separaditos, respetándose, guardando las distancias, y cuando yo pasaba con ella me decía “cuidado, Sanín, cuidado”).

Son tragicómicas, entre otras muchas, estas anécdotas que me refirió. De sus primeros pasos profesionales recién llegado de Europa. Uno de sus primeros clientes fue un tuberculoso el cual al salir de su consulta presentó una hematemesis que fue rápidamente mortal allí mismo. Me decía riéndose: “hombre no me había pagado la consulta, con lo varado que yo estaba, y tuve que pagarle el entierro”. Y, en otra ocasión: “carajo, yo estaba de malas, traía mi brazo fracturado bien arregladito en París, me voy a sangrar un chivo, se encabrita, y me lo vuelve a fracturar”.

La última vez que nos encontramos aquí cerca, me llamó y me preguntó al verme con libros y revistas bajo mi brazo: “con que te estás destruyendo Carlos”. Olvidaba que acababa de darme sus jugosos estudios sobre Lecompte de Nouy y pude responderle: “con sus propios venenos, maestro.”

El está allí, apoyado, que no sentado en la esquina de la mesa de noche del enfermo hospitalario, nosotros rodeando el lecho, le miramos, él se “rasca siempre, las últimas falanges de sus dedos y va hablando, lentamente, un poco más de prisa, velozmente, de

patología, de clínica, de terapéutica, de sicología, de sociología de la modernísima sicosomática; era un pozo inagotable de conocimientos, pues también de sabiduría de la vida, de bondad ingénita de un bello corazón. Fue un hombre muy bueno y muy sabio, de una sencillez evangélica. Estoy a su lado estudiando en su propio domicilio: no se sienta, después de un día agotador de trabajo, está siempre buscando las esquinas de las mesas, para apoyarse; tiene un libro, unos apuntes, casi siempre de París, viejos apuntes de cuando estuvo allí, la última revista es para su turno, las nueve, las diez, las once de la noche, el cigarrillo, maldito cigarrillo, se consume en sus teñidos dedos nicotínicos, no siente el tiempo, ni la fatiga, el hambre inexhausta de conocimientos obra sobre él, como un licor y no se sacia nunca.

Estoy en su consulta: una viejecita, una de "sus viejitas" ha entrado a consulta; él se ha sentado de inmediato a recetarle, yo dilato mis pupilas dejando conocer mi asombro. Me pregunta, con tanta bondad, aún no has diagnosticado? No, no maestro. Le quita, con ternura muy humana, el grueso pañolón que la cubría, levanta la blusa humilde de hilo y aplica el fonendoscopio, escúchalo ya que no lo ves me dice; un nítido foco neumónico crepita allí. El me señala el dintel de la puerta; un esputo hemoptoico le había bastado a su "ojo clínico". Quien supiera escribir! mis amigos, para escribir un buen libro sobre este hombre singular, que fue sabio y santo, si, no estrañies, fue sabio y santo. Y sabeis para que quisiera poder escribirlo; para legarlo a mis hijos.

Este querido amigo dilecto está en su casa, está en sus oficinas hospitalarias, al frente, a los lados, sobre su escritorio, reproducciones de arte mezcladas con gruesos volúmenes de patología. Y ésto por años, por años. Siempre el mismo hombre tan sencillo, tan honesto, tan simplemente sabio. Un artista, estoy seguro de ello, que fue absorbido por la patología y en buena hora para nosotros, pero no se si para él. A veces creía percibir en él cierta como nostalgia de esa belleza que perseguía como se persigue a la amada, inmortal para nosotros. Dejó una casa, la de "ios abuelos" que constituye como un símbolo vivo de su propia riqueza interior.

Un cierto domingo por los años 37, tal vez, me invitó para atender al padre de unos colegas. Se trataba de practicar la primera transfusión, así lo he entendido, en nuestro medio, yo debía llenar la jeringa y el transfundirla al paciente. Para terminar una cantidad de aire pasó con la sangre por mi culpa. Nos quedamos estupefactos "sudando frío". Pero nada pasó.

Este distinguido, elegante y pulcro médico, de aventajada talla y un rictus un poquito irónico en los labios, se hacía presente a las 4 en punto en nuestra cátedra de Medicina Interna. No tenía apuntes, no portaba libro alguno; era gentil y amable y se paseaba por los campos de aquella materia con conocimiento, discernimiento y elegancia. Puntuaba su pedagogía con su salsa y su pimienta de un humor fino y discreto. Lo veo, sentado allí, tras su mesa, un poquito de perfil frente a nosotros, de traje oscuro, pulquérrimo, siempre haciendo carrizo y siempre con una sonrisa sabia y un tantico punzante. En alguna ocasión este estudiante arguía sobre alguna materia esgrimiendo como argumento contundente la opinión de alguno de nuestros profesores, él me

respondió, sonriente, sencillo y llano “Sanín, por Dios, no me traiga autoridades locales” Una sonora carcajada de todo el auditorio puso de púrpura mi rostro.

No es posible recordarlos separadamente; su amistad probada de muchos años, los une en el recuerdo como la esencia a su perfume. Aquellas horas de clínica pasadas junto a ellos nos marcaron con las marcas de un profundo sello espiritual, moral y científico.

La nariz aguileña y los labios un poco evertidos del uno, la cabeza cobriza, la frente amplia y los ojos vivaces del otro; aquella caballerezca gentileza de ambos, propia de una corte los Luises, lo hacía pensar a uno también en los caballeros del renacimiento. Eran dos hombre civilizados, urbanos, muy, muy lejos de un áspero ruralismo. Eran dos ejemplos vivos de una exquisita y fina urbanidad profesional, tal vez un poco decadente, un poco “fin de siecle”, pero hacían de la vida médica algo fino, elegante, sensible, bello y digno de vivirse y mantenerse.

En cierta ocasión un gesto innoble de algún circunstante descompuso el fino talente de uno de ellos, que se irritó hasta la ira, el otro literalmente corrió tras él, batiendo los bordes de su bata médica, por los pasillos del servicio diciéndole al oído y tratando de mantener un “secreto a voces”: “Miguel tu tensión, Miguel recuerda tu Tensión “Como dos niños sabios se recogieron en una salita del servicio hasta que cesó la tempestad.

Vimos conmovirse hasta las lágrimas a tal maestro cuando un neoplásico al oírle que, con tacto clínico y humano, nos decía a los estudiantes ante la imágen radiológica: “un neo bronquial” el enfermo, embargado por una gran emoción apretaba sus manos y le decía: “mil gracias doctor, mil gracias, que sólo tengo un neito”

Todo lo volvemos a ver aquí, adelante, su rostro tan amplio, tan veraz, un hombre bueno. Todos le vemos llevarse sus manos con gesto abierto y circular hacia su cabeza y repetir sus ideas pedagógicamente “hasta hacerse entender”. Estuvo aquí, con nosotros, hasta su marcha definitiva. Fue uno de los nuestros hasta el fin. Conocía su profesión y llevaba dentro de sí esa segunda personalidad que todos tenemos y cuyo desconocimiento mantiene unas distancias entre nosotros que suelen traducirse en distanciamiento e incomprensión mutua. Este maestro amaba la música como a una bella dama. Perseguía la Wagneriana hasta el propio Bayreuth.

Poco antes de dejarnos disfruté de delicadas atenciones en su casa. En un momento de la velada me llamó aparte y me dijo, “venga, disfrute usted de mi belleza”. Me mostró, reflejándose sobre una vieja y magnífica consola bruñida dos esplendorosos jarrones de Sevres. Los trajimos me dijo, en nuestras propias manos desde Viena donde los obtuve por trecientos dólares que me quedaban del viaje, Carlos, por trecientos dólares, qué le parecen? Son para mis hijos. Cómo podría sospechar que tan pronto se daría cumplimiento a su deseo.

Mi tiempo necesariamente ha sido limitado. La larga teoría de estas sombras vivas continua pasando en mis recuerdos pero no es posible revivirlas todas aquí y ahora,

que bien quisiera hacerlo. He querido referir aquellas vivencias mías con ellos. Pequeños hechos, anodinas anécdotas personales, rasgos de ingenio que se gravaron en mi recuerdo. La ciencia de aquellos hombre fue mucha y profunda, pero la ciencia, los conocimientos científicos son bienes de la cultura que estan allí para que los tome quien quiera y pueda. Pero la personalidad humana, el carácter del hombre su intimidad es un don divino y sólo lo posee cada persona. Con todos ellos tengo una deuda invaluable en mi formación científica, pero mi deuda es mucho mayor en mi formación moral. Mi generación tuvo el privilegio de ser formada por aquellos hombres indudablemente excepcionales; fueron unas agregias personalidades, hombres de una definida personalidad con cuya presencia nuestra Medicina Colombiana y nuestra Vida cívica y moral se enriquecieron de una manera profunda y penetrante. Olvidarlos es cercenar de algún modo esa vida, esa riqueza moral que debe constituir el más rico patrimonio de la historia de nuestra Facultad Médica, de nuestra Universidad, de nuestra Patria.

Señores, si realidad humana quiere decir, duración en el tiempo, presencia en la mente de los demás, influjo poderoso sobre los semejantes, entonces éstos hombres de mis recuerdos médicos que he podido evocar hoy y todos aquellos que no he podido hacerlo en razón de las circunstancias, están aquí entre nosotros y tienen más realidad que tantos otros seres anodinos que se acercan a nosotros y desaparecen definitivamente. Honremos, pues, su memoria, una vez más, y vivamos con su recuerdo, y de su recuerdo.

Con motivo de la condecoración de meritorios profesores y servidores de la Facultad: el Profesor Ramón Córdoba P. hizo las siguientes semblanzas.

PROFESOR DOCTOR CARLOS J. VASQUEZ C.

Egresado de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, se vinculó a este montañoso terruño a través de su Alma Mater, la Universidad de Antioquia, al hacerse cargo de la cátedra de Organos de los Sentidos de la Facultad de Medicina en 1938.

Treinta y cuatro años de infatigable labor docente y asistencial dejan en su haber una verdadera escuela de su especialidad, de la cual han surgido eminentes profesionales. A dicha labor dedica aún su brillante inteligencia, su don de gentes, su innata diplomacia y su inagotable amor por la medicina misma y por quien sufre en el cuerpo o en el espíritu.

Nombrado Profesor Titular en 1958, es exaltado en el presente año a Profesor Honorario como reconocimiento a sus muchas virtudes. Mereció además, la condeco-

ración Francisco Antonio Zea que concede la Universidad de Antioquia a quienes se han distinguido en la noble labor de forjar las jóvenes promociones que revitalizan sus claustros. Universidades de fuera del país se han sumado a estos homenajes y le han otorgado honrosas distinciones.

Su dedicación y desinterés en la atención de los enfermos es proverbial, y su trabajo durante 18 años en el Instituto Colombiano de los Seguros Sociales le valió la Medalla que otorga la Institución a sus insignes servidores.

Gentil, afable, sencillo, maestro por vocación y por consagración, hace de su vida toda, de su donosa conversación como de su actitud, permanente lección no sólo de medicina sino de humanidad, y de sus instrucciones médicas veraces enseñanzas de patético realismo, de ingenio y de aguda observación, impregnadas de solidaridad para quien padece.

Acá y allá, en cada oportunidad, sus conceptos envueltos a veces en elegantes gracejos despiertan —en quienes saben escucharlo— inquietudes espirituales como hitos de nuevos y promisorios senderos. Escogió la palabra, el diálogo, como el mejor medio por lo cálido y vívido para entregar el valioso acopio de su intelecto, y el fruto de su actividad demuestra que no estuvo desacertado.

La dicción y la acción, la palabra y el obrar incansable, continuo, han distinguido su existencia de galeno y de docente. En ambos campos la semilla ha dado el ciento por uno gracias a la habilidad del sembrador, a sus cuidados, al respetuoso enderezar, al insensible estimular, al delicado cultivar que le inspiran su generoso corazón y su luminosa mente.

LUCIA CORREA HENAO

Treinta y dos años de silenciosa pero efectiva labor vinculan a Lucía Correa Henao a la historia de la centenaria Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia. Desde 1940 sus manos de secretaria han servido a generaciones de estudiantes, de profesores y a los señores Decanos que se han sucedido en aquella distinguida posición.

Pero no es tanto su trabajo secretarial de por sí meritorio, su llevar cuidadoso y honesto de las calificaciones de todas y cada una de las materias, su interés por tener actualizadas las hojas de vida de cada docente y alumno —que van engrosándose paulatinamente— por los diferentes certificados que debe extender bajo su responsabilidad, etc., sino el afecto que inspira ese indispensable ajetreo, cada número escrito, cada anotación que lleva su firma, pues tras esa aparente frialdad que le exige la imparcialidad y el sigilo inherente a su posición de secretaria, hay evidente irradiación humana que se descubre cuando formal o informalmente se menciona a alguien, y de la prodigiosa memoria de Lucía surgen los detalles, los pormenores que sólo el cariño, el corazón graban en aquella.

complejidad de los fenómenos científicos, deja translucir el gozo que le proporciona la atenta observación de estos, sin perder —por objetivo— el calor humano que consume su espíritu.

Bien merecido fue el sincero homenaje que el Departamento de Medicina Interna le rindiera al dar su nombre a uno de sus servicios, y como dijera en aquella ocasión el distinguido oferente, Doctor Jorge Franco, solamente se cambió de santo, San Roque por San Elkin Rodríguez A., pues todos quienes nos honramos con ser sus alumnos y sus colegas, sabemos que es justo, que cumple a cabalidad el código hipocrático, que es hombre de bien.

PROFESOR DOCTOR DANIEL CORREA V.

Bachiller del Colegio de San Ignacio, médico de la Facultad de Medicina de Bruselas, fue uno de los fundadores del “Dispensario Antituberculoso de Antioquia” y Director del Hospital de “La María” dedicado a pacientes que sufrían del entonces temido mal. Al Hospital Universitario San Vicente de Paúl dedicó durante 25 años su capacidad de trabajo, sus conocimientos y su experiencia de radiólogo sin escatimar esfuerzo, en bien del servicio a su cargo y de los enfermos que allí llegaban.

Se vinculó a la docencia como Jefe de Clínica General y posteriormente de Clínica Interna, de las cuales llegó a ser profesor; en 1947 fue nombrado Profesor Titular en la Facultad de Medicina. Desde el principio, el Doctor Daniel Correa dedicó su empeño a dotar adecuadamente el Departamento de Radiología y al más noble de hacer luz en la misteriosa para el común de los médicos ciencia de los rayos Roentgen. Al igual que éstos, su fácil dicción, sus conceptos precisos, penetran para descubrir el mito y hacer fáciles y comprensibles los contrastes que muestran las placas radiográficas y transmiten sin prosopopeya su sólido acervo médico.

Firme en sus ideas y en sus juicios pero profundamente respetuoso de los ajenos, nunca ha pretendido circunscribir el derecho de disentir, de pensar, de opinar, como tampoco ha permitido que alguien intente menoscabar el suyo. Señor de pies a cabeza, no interpone barrera entre su persona y la de ninguno otro, cualquiera sea su condición cultural, social o económica; sólo el ultraje a la dignidad humana, la coartación de la libertad, hacen surgir en él la fina ironía que repele valerosamente toda violencia.

Poseedor de vasta cultura, humanista y humanitario, sensible a las distintas manifestaciones de la inteligencia y de la vida, tiene el don de saber ocultarlo para no lastimar cuando la ocasión así lo exige, y de brindarse generosamente cuando las circunstancias lo requieren.

Su mente se ha acostumbrado como los rayos que tan acertadamente maneja a mirar a través de los cuerpos, a horadarlos, para valorar al hombre en sus más

recónditos sentimientos. Y lo logra con tal naturalidad que muchos sin darse cuenta —ingenua o fanfarronamente— le facilitan ese permanente ejercicio de diagnóstico y pronóstico de hondo significado.

Sin embargo, prima en el Doctor Correa la bondad, la aquilatada bondad, que hace que nos sintamos alguien a su lado, porque él —sin ningún esfuerzo— reliva lo que nos distingue, por mínimo que sea. Es el imperativo de su corazón de hidalgo.

PROFESOR DOCTOR BENICIO GAVIRIA G.

Bachiller del Colegio de San José y médico de la Universidad de Antioquia, ascendió, después de ejercer su profesión en medios rurales, desde el cargo de “Interno permanente en el servicio de clínica obstétrica del Hospital San Vicente de Paúl” hasta merecer el título de Profesor Honorario de Obstetricia y Ginecología, el cual le fue otorgado por dicha Universidad el 9 de octubre de 1967. Su vocación a la obstetricia se vislumbra definida ya en su tesis de grado en 1938, cuando escribió sobre “Estado actual del forceps”.

No sólo en el Departamento de Obstetricia fijó su atención, sino que con su afán de ayudar a los menos favorecidos por la fortuna, prestó toda su cooperación al Instituto Colombiano de Seguros Sociales y fue uno de sus fundadores en Antioquia en el año 1950.

Modesto, servicial, activo sin pretensiones de figurar, insinuando sin imponer, convenciendo sin dogmatismos, impulsó así la docencia en las cátedras bajo su responsabilidad, tanto entre los estudiantes de medicina como entre los de enfermería.

Su actitud siempre receptiva a las inquietudes juveniles, a la ignorancia sorprendida, al dolor de sus parturientas, y la tenacidad en el logro de sus metas, es la imagen que del Doctor Benicio Gaviria G. conservamos quienes vivimos sus enseñanzas.

Sencillo en la bonanza, valeroso en la adversidad, piensa más en quienes necesitan de él que en sí mismo, cumpliendo así con admirable consagración la noble tarea que escogió para ejercitar su humanitario corazón en el contacto con sus semejantes.

Caballero sin tacha, digno médico, ciudadano íntegro. insigne Profesor: esa la síntesis de su vida.

DE MI ESCARCELA

RECUERDOS DE UN DESMEMORIADO

Un lapso de veintisiete años cuentan poco en la historia de la evolución cultural de un conglomerado humano como lo es la Universidad o cualesquiera de sus Facultades, pero quienes podemos mirar atrás con esta perspectiva, y además participamos y a veces sufrimos el impacto de los cambios ocurridos durante él, tenemos que manifestar una gran satisfacción por el impulso que sigue animando a la Facultad de Medicina.

Al mismo tiempo, justo es rendir homenaje de gratitud a todos y a cada uno de los docentes que hicieron posible las transformaciones, implantadas a veces con su personal concurso y siempre con el del cabal cumplimiento de su misión formativa de hombres capaces de empeñarse, con la mística y la tenacidad infundida por ellos, en la labor que consideraron su responsabilidad.

Si en el desarrollo de esta obra ha habido errores —y de ello estoy seguro— como en todo acaecer humano, esto no merma su trascendencia. Es más: la obra, sus objetivos, pueden ser y son discutibles, pero no podemos en justicia negar su honesta intención y las realizaciones logradas.

Quisiera citar a cada uno de aquellos dignos e inolvidables profesores que desfilaron por las viejas aulas, por las salas hospitalarias, y cuya personalidad dejó en sus alumnos una huella, un recuerdo, una enseñanza, pero temo que la memoria me sea infiel y cometa inconsciente y desafortunada omisión. Para todos, quienes aún nos acompañan en la jornada diaria y para quienes nos dejaron el ejemplo y su memoria, de nuevo nuestra admiración y reconocimiento.

LOS AÑOS CUARENTA

Fue en los primeros años del quinto decenio de este siglo cuando tuve la orgullosa dicha y la colmada ansiedad de ver mi nombre entre los escogidos para ingresar a la Facultad de Medicina.

Difícilmente se borrarán de mi espíritu los dos vetustos edificios que en ese entonces albergaban a los futuros galenos y el kiosco de Doña Ana, donde tomábamos desde algunas golosinas hasta un desayuno completo que valía quince centavos.

La primera clase, aquel primer lunes de febrero —fecha tradicional de apertura del año lectivo— fue la de Anatomía por el extenso texto de Testut. Durante sesenta minutos el Profesor, Doctor Osorio Isaza, explicó la columna vertebral y nos señaló veinte hojas para aprender. Inmediatamente después recibimos de un joven médico en aquel entonces, el Doctor Alvaro Londoño M., la más impresionante lección de ética, de humanidad y de respeto a la dignidad del hombre. Sobre una camilla, cubiertos con una sábana manchada, nos presentó los restos mortales de alguien que nos ofrecía su anonimato, su abandono absoluto, para servirnos de objeto de aprendizaje. El novel docente grabó en lo más hondo de nuestras ávidas mentes, veneración por aquellos despojos que un día irradiaron vitalidad, por ese ser humano arrebatado por la enfermedad cuyo combate iniciábamos por un motivo u otro, pero que él quería creer había sido el más noble: el bienestar del prójimo.

Después de dos años de intenso estudio y de prolongados trasnochos sobre los tomos de Testut, de horas gastadas en disecciones sobre los cadáveres del anfiteatro, no podemos olvidar la figura mucho tiempo legendaria y un poco paternalista del “Maestro Palacio”, el “dictador” de los muertos, servicial, acucioso y al mismo tiempo casi despreocupado, como quien se ha compenetrado con la frialdad y la indiferencia de la muerte.

! Cómo no recordar la tarde en la cual iniciamos el estudio de la Biología! Desde ese momento y a través de todo el curso, el Profesor Elkin Rodríguez A. nos hizo sentir la fruición que lo estremecía ante el maravilloso misterio de la vida, misterio y maravilla que no destruían las explicaciones científicas, pues por específicas y técnicas que éstas fueran no oscurecían la manifestación sincera de un hombre que se asombra ante la grandeza de todo lo viviente, de todo lo que implica dinamismo, trascendencia.

Al repasar los años de ciencias básicas, el “coladero” de aquel tiempo, encontramos la bioquímica con el Profesor Peláez Botero, arquitecto de hombres proteicos y de proteínas humanas; la microbiología con la fina ironía y las respuestas oportunas del Profesor Jiménez; la parasitología, derroche de consumo de energía colombiana, con el Profesor Uribe Botero.

Más tarde volvimos a encontrar al Profesor Elkin en el curso de semiología, inculcando el mismo entusiasmo, el mismo estimulante asombro ante la comprobación del estertor roncante, del soplo sistólico, del frote pleural, del signo de Babinski, de la rubicundez o de la palidez emocional, y la comprensión digna del sufrimiento ajeno.

La figura eximia del Profesor David Velásquez permanece como paradigma del médico humano, que penetra el dolor para aliviarlo, para sentirlo como propio; que

pone su noble corazón y su brillante inteligencia al servicio del semejante que padece y a quien, si no se puede ofrecer remedio eficaz, se puede consolar y le debe brindar el apoyo moral que conlleva la profesión médica. A su lado brillan: Villa Heusler, Pedro Nel Cardona, Gil J. Gil, Joaquín Aristizábal, Rafael J. Mejía, etc. para no mencionar sino los desaparecidos— toda una pléyade de dignos seguidores de Hipócrates, imposibles de olvidar y más aún de citar en cortas líneas.

En aquellos años, y debido a la conflagración mundial con sus crudas realidades, la influencia europea, especialmente la francesa que campeaba entre nosotros, empezó a declinar, y llegaron a la Facultad un grupo de colegas formados en los Estados Unidos de Norteamérica; se inició entonces la introducción de textos en inglés que muchos rechazaron aferrados a los moldes clásicos, y se inició también lo que en la jerga médica aún se llama “michiganismo” y “antimichiganismo” con las características y el colorido de variados matices según las personas y las épocas. Cada vez las comunicaciones con el viejo continente eran más difíciles; la guerra paralizó muchas actividades culturales y científicas, y el “coloso del norte” se hizo más accesible.

Al finalizar esta década visitó nuestra Facultad una comisión de distinguidos profesionales estadounidenses, quienes convivieron con nosotros en las salas de conferencias, en los servicios hospitalarios, en los quirófanos, y luego consignaron sus recomendaciones. No todo era malo, había elogios como el de “afortunado el alumno que tenga la suerte de cursar pediatría con el Profesor González Ochoa”, y muchos más que mi memoria no guarda tan fielmente.

Y me cuento entre quienes tuvimos esa fortuna de tener como profesor al Doctor González Ochoa. Su lenguaje vivo, ágil, al servicio de una mente clara, segura, que oteaba el mañana con sorprendente precisión; su recio pero humano carácter y su ejemplo, trazaron profundos surcos en mis años de estudiante y en mi vida profesional. “¿Por qué llora el niño?”, fue el interrogante que nos planteó en la primera clase y, con un torrente de inquietudes, de caminos y de perspectivas, respondió al mismo. El niño en sus pensamientos, en su actividad diaria, en su presente y en su futuro, era el centro de su vida, de la vida de la patria y del mundo, y a él dedicó toda la tremenda pasión que movía su espíritu, el fuego humanitario que consumía su existencia.

En aquellas recomendaciones también había insinuaciones de algunos cambios, y las directivas de entonces se propusieron lograrlos.

Uno de los hechos que más apoyaron y promovieron dichos cambios fue la instalación de las conferencias de patología clínica por el Profesor Alfredo Correa Henao. Al comienzo nos parecían a veces crueles, a veces sarcásticas, a veces sorprendentes por los insospechados aciertos, pero siempre de enorme interés; era el enfrentamiento del clínico con sus explicables o inexplicables errores de interpretación, con su limitación humana, del cual podíamos extraer grandes enseñanzas médicas y de humildad profesional. Estas conferencias fueron creando una conciencia de autocrí-

tica e hicieron evidente que los pacientes y los estudiantes necesitaban docentes que permanecieran más tiempo a su lado para mejorar la asistencia y por ende la formación del futuro colega. El Profesor Correa Henao y los "C.P.C." dividieron la historia de la Facultad y abrieron la era de una medicina más científica, más racional, sin restarle sentido humano.

LOS AÑOS CINCUENTA

Fue la década en la cual se cristalizaron cambios fundamentales en el concepto del proceso docencia—aprendizaje en la Facultad de Medicina. El propósito de las directivas, el empuje de un buen número de médicos, y la conciencia de un grupo apreciable de estudiantes de la necesidad de un contacto más personal, más directo entre profesores y discípulos entre sí y con los enfermos hicieron posible la implantación del llamado "sistema de bloques". Cada docente tuvo a su cargo un número pequeño de alumnos y cada alumno se responsabilizó de pacientes, cuyo total variaba de acuerdo con la entidad que obligó a la hospitalización, con su evolución y con las camas disponibles en cada servicio; las consultas externas fueron también aprovechadas al máximo para la enseñanza.

El cambio de clases de una o dos horas diarias por el de "bloques" y "trabajo clínico individual" se originó en el Departamento de Medicina Interna, luego en el de Pediatría, en el de Obstetricia y Ginecología, en el de Cirugía, y en los que conforman las Ciencias Básicas. Los costos del mayor número de horas—profesor y la demanda mayor de equipo fue en los dos primeros auspiciados por la Kellogg Foundation con ayuda económica, e incluía el entrenamiento de docentes en universidades estadounidenses.

De nuevo surgió el "antimichiganismo", esta vez considerando un absurdo que el estudiante permaneciera ocho horas cerca de sus pacientes, pues era "imposible que aprendiera", "no tenía tiempo para pensar", "la variación hacía menos monótona su vida" y, especialmente, "se estaba vendiendo la conciencia y el patrimonio de la Universidad".

Los resultados académicos desmintieron los malos augurios y nadie que se sepa aún, con pruebas o indicios serios, tuvo que "vender" su criterio, cambiar sus ideas políticas, religiosas o sociales; sólo que el mayor contacto con los problemas del estudiante y del paciente hicieron patente la necesidad de buscar soluciones a estos.

Hubo errores entre los "michiganianos"; quizás las mismas críticas acerbadas y el inexperto entusiasmo de algunos de aquellos docentes jóvenes los llevaron a buscar una enseñanza un poco exótica, superespecializada, dejando a un lado entidades frecuentes en nuestro ambiente. Ese brote "michiganiano", como fiebre eruptiva, tuvo su clímax y su decrecimiento, y no revistió la misma intensidad en los diferentes

departamentos; a algunos ni siquiera llegó el contagio. Pero mirando desprevénidamente, el error tenía el mismo significado que cuando se aseguraba anteriormente que entre nosotros no había fiebre reumática porque el profesor así lo afirmaba, que no podía haber escarlatina porque así lo enseñaba el libro tal.

El cambio en el sistema de enseñanza trajo otro beneficio de gran alcance para el alumnado: ¡la Facultad de Medicina se humanizó! . Antes, el esfuerzo del estudiante no contaba para nada, pues era difícil, por no decir imposible, que un profesor que dictaba una hora de clase conociera a fondo a todos los alumnos de un curso; un año de ardua labor se decidía en 15 minutos de un resumen rápido ante un jurado compuesto de tres médicos de los cuales uno o dos ni siquiera dictaban la materia; la suerte, representada en unas fichitas con el número de la "tesis", era otro factor de graves incongruencias; a veces se permitía sacar dos y escoger, a veces sólo una y.... "sálvese quien pueda".

Con la nueva concepción de la experiencia docencia—aprendizaje toda actividad del estudiante se tiene en cuenta y se evaluó de acuerdo con su interés, con su progreso académico, con su actitud frente al paciente, con su capacidad de raciocinar y de aplicar su criterio al problema que le plantea cada enfermo, cada situación. ¡La Facultad se humanizó no solamente con los alumnos sino con los pacientes, pues ya la enfermedad no disponía de tardes de descanso, de días feriados, con internos que habrían de combatirla desprovistos de asesoría; se reforzaron sus líneas con residentes y con docentes disponibles en pleno campo de batalla! .

Durante esta década aparecieron las primeras promociones de la recién fundada Escuela de Enfermeras, otro hecho que marcó un hito en la historia médica. Jóvenes y religiosas con una excelente preparación, con profundo sentido de responsabilidad, con mística por su labor, con voluntad de servicio, con sincero amor por el ser doliente y respetuosas de la misión del galeno pero conscientes de su propio valor, empezaron a ocupar cargos antaño desempeñados por gente bondadosa hasta la médula de sus huesos, pero autoformadas casi en su totalidad, empíricas. La lucha para conquistar el aprecio y el reconocimiento de que hoy gozan fue ardua y a base de demostrar sus méritos.

Después surgió otra Escuela, la de Técnicas de Laboratorio, que, como la anterior, dotó de personal idóneo plazas que se encomendaban a quien no tenía capacitación académica o que consumían profesionales de más alto nivel, difíciles de conseguir en cantidad suficiente de acuerdo con las necesidades, tales como médicos graduados.

Ambas escuelas elevaron automáticamente la calidad de la atención hospitalaria y por ende el nivel de docencia del futuro doctor; más aún, participaban a veces —y cada vez en mayor proporción— en la preparación de éste en sus respectivos campos.

LOS AÑOS SESENTA

Muchos acontecimientos de superación marcan la última década pero sólo destacaremos unos pocos.

En los primeros años se inauguró el Hospital Infantil en un moderno edificio de cinco pisos, situado dentro del área del Hospital Universitario San Vicente de Paúl. El sueño del Doctor González Ochoa se hizo realidad, y los niños pudieron ser sacados de los sótanos a un lugar confortable. El equipo de trabajo médico se renovó gracias a la ayuda económica de la Kellogg Foundation, ayuda que además permitió a las directivas de la Facultad y del Departamento de Pediatría en ese entonces, Doctores Oriol Arango M. y Benjamín Mejía C., sacar adelante planes de progreso y de reorganización.

Poco a poco los niños enfermos de diferentes padecimientos, que antes compartían los ambientes destinados a los adultos, fueron trasladados al Hospital Infantil, no sin vencer humanas y explicable resistencias. El “feudo de González Ochoa” se amplió para beneficio de los pacientes en edad pediátrica. Más adelante la influencia académica se extendió hasta el Hospital Infantil de la Cruz Roja, y personal formado en el Departamento de Pediatría colaboró con todo entusiasmo y desinterés en esta labor.

La inauguración del Hospital Infantil ligó al esfuerzo médico otras personas, las trabajadoras sociales, con su invaluable aporte en la diaria brega del pediatra que atiende las clases desvalidas económica y culturalmente.

Aunque desde años atrás el Departamento de Pediatría, la Cátedra de Pediatría que era el nombre de ese entonces, se proyectaba a la comunidad a través de cursillos para padres de familia e institutores, que se dictaban en colaboración con la Sociedad Antioqueña de Pediatría como aún se hace, la apertura y organización del servicio de Pediatría Social hizo que dicha proyección fuera más permanente, y que el estudiante de medicina, el de odontología y el de enfermería, recibieran un entrenamiento más adecuado y sistematizado al respecto.

Debemos destacar la reunión de La Ceja, en la cual directivas, docentes, estudiantes de diferentes niveles, representantes de agremiaciones médicas y del Instituto Colombiano de Seguros Sociales, analizaron ampliamente, con franqueza y honestidad, el plan de estudios de la Facultad, y propusieron reformas que desafortunadamente no se han cumplido en su totalidad.

LOS AÑOS SETENTA

Así llegamos a la década que se inicia, plenos de esperanzas y de problemas, porque el día que ambos nos abandonen la Universidad habrá dejado de existir, ya que uno de sus objetivos esenciales es el de resolver los interrogantes que a cada instante se le plantean, buscar nuevas metas por conquistar, y hacerlo con optimismo y espíritu abierto, usando la lógica de la razón y no la razón de la fuerza.

NOTAS PARA UN ESTUDIO SOBRE EL PROFESOR

ALFREDO CORREA HENAO

Fundador del Instituto de Patología
y primer profesor de tiempo completo
de la Universidad de Antioquia (*).

*Jaime Molina L. (**).*

(*) Síntesis de un trabajo elaborado con motivo del Centenario de la Facultad de Medicina.

(**) Comité de documentación de Historia de la Medicina. Laboratorio de Genética Médica, Departamento de Patología, Facultad de Medicina, Medellín Colombia.

Casi en el centro de lo que fue Antioquia cuando el viejo Caldas se confundía con su territorio, se encuentra Sonsón. Atendiendo a esta situación geográfica podríamos llamar a esta ciudad "Capital de la Raza".

Tierra fría de gentes buenas y acogedoras, honestas, laboriosas y emprendedoras; hay que haber estado allí para comprender todas sus características y apreciar su idiosincracia, el espectáculo de los maizales y el aferramiento a las tradiciones paisas.

En este ambiente nació Alfredo Correa Henao el 30 de marzo de 1903, y este ambiente habría de marcar en él huellas imborrables.

Allí adelantó sus primeros estudios.

Una nota del periódico "El Popular", de Sonsón resalta lo siguiente:

"El premio al mejor retrato de la Pola se otorgó a A.C.H., estudiante del Colegio de Sonsón, niño de pocos años en quien se manifiestan marcadas disposiciones para tales producciones de la belleza".

Terminados sus estudios en Medellín, esas habilidades para el arte sobre las cuales hay multitud de anécdotas familiares, indujeron más a otros que a él mismo, a pensar que su carrera sería la Ingeniería. Se matriculó en la Escuela de Minas en 1924. Pronto se dio cuenta de su equivocación y en 1925 se presenta a examen en la Facultad de Medicina de la U. de A.

Iniciados sus estudios, algunas dificultades con la Química Biológica ponen en peligro su estabilidad académica, pero sale adelante y en poco tiempo comienza a hacerse sentir en la Escuela de Medicina.

En 1927 se inicia como preparador de parasitología. Eran los preparadores estudiantes selectos que contribuían a la docencia. Aunque este sistema presentó problemas más tarde, fue la forja de muchísimas personas de posterior figuración en la Facultad.

El informe que presentó ese año es interesantísimo porque deja entrever el ritmo acelerado del avance de esta ciencia en los últimos 50 años:

"Las clases prácticas fueron dos en cada semana, lunes y viernes con la asistencia del profesor, y una dada diariamente por el preparador a un grupo de los cinco en que estaba dividida la clase.

En las primeras clases se explicó el microscopio y se enseñó su manejo a cada uno de los alumnos. Luego se enseñó a recoger los diversos productos infectados para hacer los exámenes (sangre, carnes, materias fecales, linfa) y a prepararlos convenientemente: a extender la sangre y a colorearla por el método de Leisman y Giemsa; al hacer ésto se mostraron los principales elementos normales de la sangre (glóbulos rojos, glóbulos blancos mononucleares, polinucleares, neutrófilos, eosinófilos, etc.).

Se hicieron muchas preparaciones de materias fecales entre lámina y laminilla y se hizo observar los elementos que causan error por la confusión con parásitos o huevos.

En cuanto a carnes se mostró unas muestras traídas del matadero parasitadas con Cysticercus cellulosae, Fasciola hepática, Eustrongilus visceralis e hipoderma bovis.

Y en la linfa se mostró y enseñó a colorear el Treponema pálido por el método de Fontana Tribondeauu”.

Así se fue desarrollando en él una clara vocación hacia la investigación. Desempeña sucesivamente las preparadurías de Histología (1928) práctica de Clínica Sifiligráfica (1931) y Anatomía Patológica (1932). Antes de su grado, desempeña la cátedra de Dibujo Médico (1934).

Factor decisivo fue su acercamiento al Profesor Alonso Restrepo. Más tarde diría de él:

“Tuve la fortuna y el privilegio compartido con mi amigo Alfonso Jaramillo Arango de ser el discípulo amado de este insigne maestro. Desde la iniciación de nuestra carrera nos acogió en su laboratorio particular y en constante y amistoso trato fue entregándonos de su acervo inagotable de conocimientos todo lo que nuestra inquietud apetecía, y algo más apreciable aún el ejemplo de laboriosidad, de hidalguía y de desprendimiento” (1).

Por su parte, el Doctor Restrepo expresó alguna vez que una de las más grandes satisfacciones de su vida había sido la de poder intervenir en la formación de los Doctores Correa Henao y Jaramillo Arango (2).

Por esta época era poco útil el uso del microscopio, la medicina consistía en el arte del estetoscopio y del ojo clínico. Con el equipo de trabajo formado por el Profesor Restrepo y sus dos alumnos se introduce un nuevo concepto de la Medicina en Antioquia.

De la época de estudiantes data el trabajo titulado “Contribución al estudio de las micosis en Antioquia” (1929) (3,4), 80 casos de anatomía patológica; ganador de un concurso en la Facultad, a principios de 1930, y por sobre todos, la tesis de grado, elaborada pacientemente durante la carrera que finalmente le mereció el lauro para su grado el 26 de abril de 1935.

Esta tesis, titulada “Hemograma” (5), fue por muchos años libro obligado de consulta y superado hoy en día, sigue representando sin duda el trabajo de un pionero en la materia (6).

Su primera experiencia profesional se realiza en la investigación de la fiebre amarilla, auspiciada por la Fundación Rockefeller.

La historia de la lucha contra la Fiebre Amarilla, ofrecía entonces aspectos tan apasionantes como los ofrece hoy en día la lucha contra el cáncer.

Son varios los nombres de científicos colombianos que figuran con derecho propio en estas crónicas, comenzando con Toro Villa, Jorge Martínez, Roberto Franco, Cuervo Márquez y más recientemente Jorge Boshell, Luis Patiño Camargo, Augusto Gast, Ernesto Osorno, y el mismo Correa Henao.

Esta parte de la vida del Doctor Correa es tal vez la que mejor podemos conocer porque toda su experiencia ha quedado consignada en un diario exigido por la Fundación Rockefeller. Comprende desde el 13 de julio de 1935 hasta el 11 de julio de 1937.

Este lapso de tiempo fue el de mayor auge en la investigación de la fiebre amarilla, pero si me equivoco en este concepto, no en la apreciación de que fue la de mayores logros.

“Los estudios de fiebre amarilla se iniciaron en Colombia en el año de 1934 con la cooperación de la Fundación Rockefeller, bajo la denominación de Sección de Estudios Especiales del Ministerio de Salud, que funcionaba en una antigua casa cedida por el Instituto Nacional de Higiene “Samper Martínez”. En el lapso de 1934 a 1937 se organizaron: el servicio de viscerotomía, la práctica de pruebas de protección y los primeros estudios epidemiológicos. La vacunación fue iniciada en 1937 con vacuna preparada en el Instituto Rockefeller, de Nueva York y en los laboratorios de fiebre amarilla de Río de Janeiro.

La Fundación Rockefeller colaboró hasta el año de 1947 cuando consideró terminada su misión” (7).

Fue una época decisiva en la formación científica del Doctor Correa, la crónica diaria de esos dos años es impresionante: Recorridos en mula, travesías y trochas por las selvas del Llano, de los Santanderes y de Cundinamarca, largas horas por veredas soportando las inclemencias del tiempo pero sobre todo, la incómoda tarea de enfrentarse sólo en tierras distintas a una obra dura y exigente:

“Salgo de San José de Suaita a las 6:30 a.m. en un bus del ferrocarril del Norte. Llego a Barbosa a las 9:00 a.m.. Allí me informo de que la vía más directa a Jesús María es por Puente Nacional; salgo en tren hasta la estación de la Capilla que es la más cercana a Puente Nacional, dista unos cinco kilómetros. En la estación de la Capilla no encuentro ningún vehículo que me conduzca a Puente Nacional y hago el recorrido a pié, contratando dos muchachos para que me lleven la carga hasta la población. A las doce llego a Puente Nacional, consigo un muchacho y dos bestias para trasladarme a Jesús María. A la una salgo de Puente Nacional y empleo tres horas para ir a Jesús María.

... Como un gran número de vecinos acuden a la venida del médico con el ánimo de consultarle, atiendo a algunos al mismo tiempo que procuro obtener datos relativos

a la epidemia. Como en un interrogatorio me pareció de algún interés la historia de Joaquín Peña, de veintiún años, de la región de Golconda y compañero de José Burgos, le tomo sangre.

... A las tres de la tarde se aparecen dos familias que abandonan la región por temor a la fiebre, una de ellas trae un joven de quince años, Octaviano Zárate, que presenta 40,5 grados de temperatura bocal, lo examino y encuentro un hígado un poco hipertrofiado y sensible a la presión, el bazo percutible, la lengua saburral, no ha tenido vómito, orina bien, no presenta tinte ictérico.

Tomo la dirección de la casa y advierto que es necesario vigilarlo y que si otra cosa se presenta o se muere, me avisen inmediatamente" (8).

Todavía se conservan en el INPES historias hechas por el Profesor Correa y algunas piezas de autopsias, especialmente hígados y cerebros.

En septiembre de 1936 los Doctores Ernesto Uribe y Martiniano Echeverri le ofrecen la cátedra de bacteriología, la Jefatura de los Laboratorios de la Escuela de Medicina y el puesto de Bacteriólogo Departamental, es decir, a un año de su grado ya se pensaba en vincularlo a la Facultad. El Doctor Correa no aceptó el ofrecimiento por sus compromisos con el servicio de Fiebre Amarilla y la esperanza de obtener una beca de la Fundación Rockefeller.

Sin embargo, su anhelo de estudios de especialización no se realizó por esta época, debilitado por las enfermedades tropicales y cansado por la lucha hostil contra el medio, presentó renuncia de su cargo el 26 de julio de 1937.

Después de un corto descanso al lado de los suyos, solicitó trabajo con la compañía extranjera que explotaba las minas de Pato. Ingresó al servicio el 9 de noviembre de 1937 como médico ayudante y desde el 13 de agosto de 1942, médico jefe, hasta el 5 de febrero de 1944 cuando presentó renuncia para vincularse definitivamente y por el resto de su vida a la Facultad de Medicina.

A raíz de un accidente tuvo que viajar a los Estados Unidos y fue la oportunidad para hacer los contactos necesarios que le permitieron adelantar sus ambicionados estudios de especialización en Patología y Hematología principalmente, patrocinados completamente por la empresa, en las Universidades de Columbia y Johns Hopkins. En esta época contrajo matrimonio con Doña Estela Londoño.

En enero de 1943 se nombra Decano de la Facultad al Doctor Hernán Posada, una de sus primeras obras fue llamar al Doctor Correa para que organizara el servicio de Patología.

Los detalles de esta negociación fueron recientemente expuestos en Antioquia Médica con motivo de la muerte del Doctor Posada (9).



Lo que sucedió en adelante es historia de la Facultad.

El comienzo fue difícilísimo. La Patología se consideraba una ciencia de segundo plano. El Profesor Correa inició una nueva época de la Medicina en Antioquia y en Colombia y no solamente la inició sino que fue toda una época.

Instaló el Laboratorio de Patología en el segundo piso de lo que es hoy el bloque de Morfología; tenía a su cargo las cátedras de Histología para estudiantes de primero y de Patología para los de tercero, además la responsabilidad de los trabajos prácticos de Fisiología. La práctica de autopsias se efectuaba en uno de los sótanos del pensionado del Hospital San Vicente.

Muchas eran las necesidades. La guerra había dificultado las comunicaciones y era imposible importar materiales de laboratorio, tenían que cortar vidrio para hacer las preparaciones microscópicas e improvisar laminillas con radiografías a las que se les quitaba la emulsión (10).

Sus primeros ayudantes fueron los Doctores Aquileo Asmar, Jorge Mora y Oscar Duque (que entonces eran estudiantes), con ellos inició una escuela que es lo más perdurable de su obra.

El 24 de febrero de 1944 se presentó la primera Conferencia Clínico Patológica en la Facultad de Medicina siendo su iniciador en Colombia el Doctor Correa (11). Este ejercicio, iniciado a principios de siglo por los Doctores Cannon y Cabot (12) en Boston ha llegado a convertirse en actividad rutinaria y habitual de casi todas las facultades de Medicina y hospitales, pero aquí el impacto inicial fue tremendo:

Demostrar que el clínico y el cirujano podían equivocarse y la forma concreta de sus errores amenazaba el prestigio profesional de muchos médicos, pero el tiempo despejó el camino a la Patología; a través de las autopsias se pudo describir mejor enfermedades no conocidas suficientemente entre nosotros y se contribuyó positivamente a la configuración de nuestra nosología.

Fue tan vertiginoso el avance que para 1951 se pudo contar con edificio propio y lo que fue un laboratorio se constituyó en Instituto:

"... Al fin nos pasamos al Instituto; quedó magnífico, especialmente el anfiteatro, yo me detengo a contemplarlo, cada que paso. El museo quedó muy amplio y bien presentado; estamos pues muy contentos por esta parte, pero en cuanto a rendimiento científico, cada vez más mal. El trabajo aumenta, yo poco hago y Pelayo (Correa) tiene buena parte de su tiempo en la María. ("La mies es grande y los cegadores pocos"). No se de qué Evangelista será esta frase, tú que estás en medio de bíblicos lo averiguarás más fácil).

El auditorium de la facultad quedó bueno; muy teatro, pero en fin, obscuro y fresco; el sábado daremos allí el primer C.P.C..

Te envío una Antioquia Médica, editada con motivo de la Semana Universitaria, dentro de la revista va una placa, sin colorear, (M. 9858) para que te sirvas hacer estudiar. Se trata de una lesión papilar del labio inferior, del tamaño de un grano de maíz, sangra fácilmente, con tres meses de aparición, su superficie se ha ulcerado; la edad del paciente es de 44 años....”(13).

Poco a poco el Doctor Correa iba cimentando y consolidando su obra, su habilidad para detectar personas, estimular inquietudes y desarrollar talentos le permitió ir asociando nombres y discípulos.

Orientó y ejerció influencia sobre muchas personas, se destacaron luego nombres que están tan íntimamente asociados a la Medicina antioqueña y colombiana: Carlos Restrepo, Pelayo Correa, Jorge Emilio Restrepo, Jairo Bustamente, Emilio Bojanini, Humberto Gómez, Mario Robledo. Sus primeros colaboradores: Asmar, Duque, Mora y prácticamente la mayoría de los iniciadores y continuadores de la Patología en Colombia. A todos ellos les fue orientando no solo para la profesión sino para la vida; para muchos gestionó personalmente becas de estudio y se aseguró de que su obra tuviera continuadores de su talla.

Su correspondencia de estos años, con sus discípulos más allegados es copiosa y contiene datos de referencia de enorme utilidad para comprender el espíritu de esa época y las raíces de mucho de lo que ha seguido. Escrita en lenguaje coloquial y descomplicado, es una colección de documentos de apreciable valor.

El anecdotario es amplio y variado: “Por qué es tan común el cáncer de cérvix en la mujer? —Porque a los hombres no les puede dar”.

Sus salidas eran desconcertantes. Después de haber cortado más de una corbata, que se metía en el cadáver durante las autopsias, impuso la moda del corbatín.

Muchos de los estudiantes de entonces tienen algo que decir sobre este aspecto del Doctor Correa.

En una clase de Histología preguntó, muy afanado, si alguno de los estudiantes tenía carro. El Doctor Alonso Puerta le contestó que él tenía uno y el Doctor Correa replicó: “Véndalo y compre un microscopio”.

La víspera de un examen de Patología el Doctor Guillermo Latorre le pidió el favor al Doctor Correa de que le mostrara un melanoma. La respuesta fue un tremendo regaño, diciéndole que un examen se preparaba con anterioridad. Esto hizo pensar al Doctor Latorre que ya se había asegurado su pérdida. Sin embargo, el examen al día siguiente consistió en la descripción de la pieza de museo (melanoma) que él le había explicado.

Era espontáneo, rápido de pensamiento y un poquito picante.

A la par con esta labor de hacer una obra, que por sí sola lo hace perdurable, el Doctor Correa realizó una infatigable labor en la investigación no sólo científica sino pedagógica.

Cuando se reunió el primer seminario de Educación Médica en Colombia, (Cali, dic. 1955) sus observaciones sobre orientación de la enseñanza médica eran tan claras que pudo presentar conclusiones muy concretas en el campo de la Patología y sirvieron sin duda como pautas para las otras facultades del país, la ventaja que se llevaba recompensaba todos los sacrificios anteriores (14).

Participó en el I Congreso Latinoamericano de Anatomía Patológica con un trabajo sobre áscaris lumbricoides erráticos que sigue siendo muy mencionado, (15, 16), aunque otros habían descrito el fenómeno antes que él, le queda el honor de haber sido el primero en diagnosticar las lesiones producidas en tejido hepático mediante biopsia con posterior recuperación total de los pacientes. (Los casos descritos primeramente se referían a material de autopsia). Además fue el primero en reproducir los granulomas hepáticos experimentalmente mediante la inyección de huevos de áscaris en hígado de curí (17).

Lo acompañaron a este congreso los Doctores Carlos Restrepo y Jorge Emilio Restrepo. Ya su nombre comenzaba a tener fama continental y vale la pena contar por ejemplo, cómo el Doctor Miguel Schultz, de Méjico se refería a él llamándolo Maestro.

El Congreso siguiente fue en Brasil, en septiembre de 1958, allí se le nombró Presidente de la Sociedad Latinoamericana de Patología y se escogió a Medellín como sede del Tercer Congreso, como un homenaje a su persona, más que por otra razón.

La carga fue pesada, pero ya sus colaboradores inmediatos estaban con él, se pudo hacer un magnífico congreso con recursos muy limitados, las intimidades de la preparación son muy interesantes pero no caben en una reseña tan breve.

El Doctor Correa tuvo la fortuna —rara en nuestro ambiente— de ser honrado en vida. Fue miembro de muchas academias y sociedades del país y del extranjero. Dos veces Presidente de la Academia de Medicina de Medellín. En 1951 se le dedicó el edificio de Patología por decisión de sus discípulos y le llegó tan hondo en el alma ese homenaje que mientras se le ofrecía la placa que hoy en día está a la entrada del edificio, prorrumpió a llorar. Fue un gesto conmovedor que pintaba claramente su modo de ser sencillo y cándido.

Recibió la Cruz de Boyacá, la Medalla al Mérito Universitario Francisco Antonio Zea y poco antes de su muerte el Premio Nacional de Medicina Manuel Forero en

cuyo jurado estuvo su antiguo compañero en el servicio de fiebre amarilla, Doctor Luis Patiño Camargo.

Si no quiso aceptar cargos directivos nunca, si fue Consejero de varios Decanos y Rectores, en una época fue la figura más destacada de la Universidad. Recibió títulos honoríficos y responsabilidades que honran a un hombre en grado sumo.

Es necesario destacar su aspecto humanístico, varias disciplinas diferentes de la Medicina lo cautivaron profundamente: Bolivariano asiduo, conocedor del Arte desde sus tiempos de estudiante; Antropólogo, sus estudios sobre el "Folclor de la Menstruación" y el "Tatuaje en Antioquia" reflejan su impresionante capacidad de asimilar inquietudes.

Fundó el Boletín Clínico en compañía de los Doctores Alonso Restrepo, Elkin Rodríguez y Alfonso Jaramillo Arango, a Antioquia Médica, y publicó un libro de Histología, con el Doctor Antonio Pedro Rodríguez Pérez, prologado por Gregorio Maraón (18).

Quiso su tierra natal como pocos: le dejó un museo que hoy es su orgullo: La "Casa de los Abuelos", cuando, citando al Doctor Oscar Duque, "pudo percibir que los cambios radicales de nuestra estructura social traerían la desaparición paulatina de nuestras viejas costumbres y el olvido de los menesteres, utensilios y manifestaciones asociadas a la vida sencilla de las montañas de Antioquia" (19).

La carga fue excesiva y su salud se resintió en momentos en que cabía esperar mucho de él. Entregó el mando en manos del Doctor Oscar Duque quien en poco tiempo trazó muchas de las metas que actualmente cumple el Departamento de Patología y éste a su vez confió la tradición de la obra al Doctor Emilio Bojanini.

Lleno de mérito, y rodeado de gratitud murió el Doctor Correa el 11 de noviembre de 1967, en Medellín.

Será difícil para la Universidad encontrar otro servidor de la talla del Doctor Correa Henao. Su muerte produjo un vacío enorme; pero desaparecido el hombre ha quedado su obra y en ella se conserva su recuerdo con gratitud y cariño.

La evocación del Doctor Correa en estos aniversarios de la Universidad y de la Facultad no ha sido casual ni caprichosa. Por derecho propio es una de las figuras más vigorosas que hayan alentado en la Universidad y en Antioquia.

Si ha sido imposible bosquejar tan rápidamente siquiera los rasgos más importantes de su personalidad, no lo es el exponerlo como ejemplo de cuya vida y obra pueden sacarse enseñanzas valiosísimas de tenacidad y dedicación.

Fue un hombre bueno que se dedicó por entero a una obra, hizo escuela y dejó discípulos. Qué más puede ambicionar un hombre?

REFERENCIAS

1. Correa Henao, Alfredo: "Estampa de un maestro". Rev. U. de A., 123:683, 1955.
2. Restrepo Moreno, Alonso: "Concepto del presidente de Tesis". En: Correa Henao, Alfredo: "Hemograma".
3. Correa Henao, Alfredo, Jaramillo Arango Alfonso: "Contribución al estudio de las micosis en Antioquia, estudio preliminar". Medellín, Imprenta Universidad, 1929, 34p.
4. Restrepo Alonso, Correa Alfredo y Jaramillo Alfonso: "Contribución al estudio de las fungosis en Antioquia". An. Acad. Med. Medellín E2, 1(10):495, 1931.
5. Correa Henao, Alfredo: "Hemograma". Medellín, Imprenta Universidad, 1936, 196p.
6. Restrepo Mesa, Alberto: Información personal.
7. Gast Galvis, Augusto: "Una década de labor del Instituto Carlos Finlay". Bol. Org. Sanit. Panam. 50:44, 1961.
8. Correa Henao, Alfredo: "Diario 1936-1937" (Inédito).
9. Molina, Jaime: "El profesor Hernán Posada González". Antioquia Médica. 22:121, 1972.
10. Restrepo A., Carlos: Información personal.
11. Restrepo A., Carlos: "El papel de la Conferencia Clínico Patológica en la Educación Médica". Antioquia Médica 19:293, 1969.
12. Castleman, B.: "The Clinico-pathological Conference". Proceedings of the First World Conference on Medical Education. London, Oxford University Press, 1954 p.435-443. Citado por el Doctor Carlos Restrepo.

13. Correa Henao, Alfredo: Carta al Doctor Carlos Restrepo. Oct. 19, 1951.
14. "Primer Seminario de Educación Médica en Colombia, Ponencias, discusiones y recomendaciones de la Comisión de Patología". Cali, Editorial El Carmen, 1956, 164p.
15. Congreso Latinoamericano de Anatomía Patológica. "Programa oficial" Méjico, 1955, 89p.
16. Correa Henao, Alfredo: "Lesiones por áscaris lumbricoides erráticos". Antioquia Médica 7:144, 1957.
17. "Hepatitis Ascaridiana". Boletín Clínico 16(99):1, 1966.
18. Rodríguez Pérez, Antonio P., Correa Henao, Alfredo: "Anatomía Microscópica" Medellín, Imprenta Universidad de Antioquia, 1950.
19. Duque Hernández, Oscar: "Discurso en el Homenaje de la Academia de Medicina de Medellín al Profesor Doctor Alfredo Correa Henao". Antioquia Médica 14:233, 1964.



El Alcalde de Medellín, Doctor Oscar Uribe Londoño, el Doctor Luis Fernando Duque Ramírez, Rector Encargado de la Universidad de Antioquia y el Doctor David Botero Ramos, Decano Encargado de la Facultad, en el acto de entrega de la distinción que el Municipio de Medellín otorgó a la Facultad de Medicina con motivo de su centenario.



El Doctor David Botero Ramos, Decano Encargado de la Facultad, el Doctor Luis Fernando Duque Ramírez, Rector Encargado de la Universidad de Antioquia y el Doctor Guillermo Restrepo Chavarriaga, Vice-Ministro de Salud, en el acto que se llevó a cabo en el Decanato de la Facultad de Medicina.